

LOS HUMANOIDES DE KEBASH

A. Thorkent

CIENCIA FICCION

En Los humanoides de Kebash volvemos a encontrarnos con la joven capitana Alice Cooper, ahora a bordo de la UNEX (unidad de exploración) Altea. Este buque se encuentra en órbita alrededor del planeta Kebash (para los nativos) o Leina (para los antiguos imperiales), tercero del sistema de Uoroth y uno de tantos Mundos Perdidos que el Orden Estelar desea reintegrar en la comunidad galáctica.

Sin embargo, la tarea se presenta complicada debido a la existencia en el mismo de dos poblaciones diferentes que además llevan siglos enfrentadas entre sí. Por un lado están los nativos originarios del planeta, calificados oficialmente como humanoides (es decir, pertenecientes a una especie diferente de la humana) pero diferenciados tan sólo en pequeños rasgos realmente irrelevantes. Por el otro están los descendientes de los antiguos colonos traídos siglos atrás por el Imperio, los cuales han creado su propio estado llamado Ammo. A la rivalidad existente entre ambas razas se suma un factor que dificulta todavía más la labor de los recién llegados; en Ammo está implantada una férrea teocracia que, además de tener sumida a la población en la ignorancia, reprime con todo rigor cualquier tipo de recuerdo de los tiempos en los que Leina no era un mundo aislado del resto del universo al tiempo que prohíbe incluso la posesión de libros…



A. Thorkent

Los humanoides de Kebash

Bolsilibros: El Orden Estelar - 16

Bolsilibros: La Conquista del Espacio - 551

ePub r1.0

xico_weno 17.09.15

Título original: *Los humanoides de Kebash*
A. Thorkent, 1981

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




La conquista del
ESPACIO

CAPÍTULO PRIMERO

Hamerlo se retiró de la ventana y se volvió hacia el hombre que había entrado en la estancia.

—¿Qué sucede?

—Una luz en el cielo, jefe —dijo el hombre, después de hacer una reverencia.

Hamerlo suspiró roncamente. Señaló hacia la ventana y dijo:

—La he estado observando, Kemlo.

—Aumenta de tamaño.

—También me he dado cuenta de ese síntoma. ¿Qué dicen los sabios?

Kemlo siguió a su jefe hasta la ventana. Ambos miraron durante un instante la luz, más brillante que las estrellas, situada hacia las montañas donde pocas horas antes Uoroth se había ocultado.

—La ciudad está inquieta…

—¿Qué dicen esos palurdos?

—Piensan que se trata de una mala señal.

—¿Y los sacerdotes?

Kemlo esbozó una sonrisa.

—Esperan su opinión para dirigirse al pueblo, jefe. ¿Debo enviarles un mensaje para que mañana tengan algo que decir desde los templos?

Hamerlo movió una mano, sin dejar de mirar hacia la luz. Se sentó sobre el alféizar de la ventana. Miró a su hombre de confianza.

—Aún no me has dicho a qué conclusión han llegado los sabios, estimado Kemlo.

—Discuten. No se ponen de acuerdo. Cada uno dice una cosa distinta de los demás.

—¿Por ejemplo?

—Nelkot dice que es la caída de una estrella. Por supuesto, sobre

los dominios de los kebashitas. El sabio de las llanuras del sur afirma que no sucederá nada que afecte a nuestra nación. Y Eranta…

—¿Qué dice Eranta?

—Bueno, ese viejo loco dice…

—Vamos, me estás impacientando.

Kemlo tragó saliva. Se sintió nervioso ante la mirada burlona de su amo.

—Eranta ha dicho, entre las burlas de sus colegas, que esa luz en el cielo es un navío. Un navío que no surca ríos o mares, sino que navega entre las estrellas, las cuales ha opacado, palidecido en su brillo.

Hamerlo asintió.

—Que entre a verme Eranta.

Kemlo retrocedió dos pasos.

—¿Y los demás?

—Los echas del castillo. Son todos un montón de ignorantes.

—Se ofenderán…

—Y si me irritan les cortaré el cuello. Vamos, Kemlo, dile a Eranta que entre a verme. Ah, tú puedes quedarte si lo deseas, pero te juro por el Gran Señor que si repites lo que escucharás aquí te arrojaré al Río de Fuego.

Kemlo, encorvado, salió de la estancia. Volvió al cabo de unos minutos seguido por un anciano que se apoyaba en un cayado más largo que su cuerpo, enjuto y delgado. El anciano se inclinó delante del jefe y así permaneció hasta que éste, después de observarle un momento, le dijo:

—Saludos, Eranta, hombre sabio e inteligente.

Eranta alzó el rostro y se enderezó. Sus ojos parpadearon un poco confundidos.

—Te saludo, jefe Hamerlo.

—Pareces sorprendido —rió el jefe.

—No puedo negarlo. Pensé que me expulsarías del castillo apenas llegase a tus oídos lo que dije ante mis colegas.

—¿Que la luz es un barco que navega entre las estrellas?

Hamerlo se retiró de la ventana, se acercó a una mesa y llenó una copa de vino. Después de alzarla en dirección al anciano, bebió un largo trago. Chasqueó la lengua con deleite, comentando:

—Vino de Kebash. Es una región rica, con magníficas vides. Pero sigamos, Eranta. Tú no has vacilado en decir eso. ¿Por qué? Vamos, no temas. No soy un supersticioso e ignorante ciudadano.

Eranta abrió la boca para aspirar un aire que parecía faltar en sus pulmones. Ligeramente tembloroso, dijo:

—Conservo libros, señor. Viejos libros. Siempre he odiado las mentiras que los sacerdotes de la religión oficial han esparcido en todo Ammo.

—Libros prohibidos, ¿no? —Sonrió Hamerlo—. Sigue, Eranta. Yo estoy de tu parte. Esos sacerdotes son unos estúpidos, en cierta medida. Ellos sólo siguen cumpliendo las directrices de sus antecesores, que a su vez cumplían con las órdenes de los jefes que me precedieron. Pero ésa es otra historia.

—Te obedezco, señor. Hace años, siglos, a este mundo venían naves procedentes de las estrellas y los ammonitas y kebashitas podían incluso viajar en ellas a las luces que surgen en la noche.

Hamerlo asintió. Llenó de nuevo la copa y dijo:

—Algunos ammonitas fueron quemados en los oscuros tiempos. Conozco la historia de nuestras tierras, Eranta. Sigue, por favor.

—La religión de Ammo persiguió durante mucho tiempo a los que manifestaban que algún día regresarían las naves de las luces de la noche. Ahora no ocurre así, señor, pero… sigue siendo peligroso afirmar lo que yo he dicho esta noche. —La voz del anciano se hizo más temblorosa.

—No tengas miedo, viejo. Estás bajo mi protección. Es el momento de dar una patada en el trasero a esos sacerdotes. Sospecho que se han creído que son los únicos poseedores de la verdad, cuando en realidad no fueron otra cosa que los portavoces de los deseos de los jefes.

»¿Sabes que llegó un momento, en los tiempos pasados, en que fue aconsejable que se perdiese la noción de lo que nuestros antepasados poseyeron? Ésa es la verdad. Eranta, necesito a mi lado en estos momentos personas como tú, que sepan lo que los libros contenían. Desde este momento vivirás en el castillo y nadie se atreverá a tocar uno de tus escasos cabellos.

—Temo a los sacerdotes, señor.

—Dispondré que no te molesten. Ahora quiero que discutas conmigo lo que va a pasar.

Por un instante, Eranta pareció sorprendido. Ya no tenía miedo, sino indecisión.

—Pero… mis conocimientos son realmente escasos, señor. Sólo he dispuesto de algunos viejos libros. Mis estudios no han sido profundos.

—Pueden serlo ahora, amigo. Sígueme.

A un gesto de Hamerlo, Kemlo se dirigió al fondo de la estancia, apartó unas cortinas rojas y abrió una pequeña puerta de madera. Tomó una antorcha y entró en un pasillo. El anciano, a una invitación del jefe, le siguió. Hamerlo entró el último.

Recorrieron un paso estrecho y al cabo de unos metros entraron en una estancia de amplias proporciones, cuyas paredes estaban totalmente cubiertas de estanterías repletas de libros.

—Aquí tienes materia suficiente para estudiar, Eranta —dijo con orgullo el jefe.

El viejo miró boquiabierto aquella cantidad de volúmenes. Murmuró:

—Nunca he podido imaginarme que existieran tantos, señor.

—Mis antecesores no fueron tan estúpidos como para quemarlos en los fríos inviernos, viejo. Allí —y señaló unos estantes— tienes los que por ahora te serán de mayor interés. Esos libros te dirán todo cuanto quieras saber acerca de las viejas naves que surcaron los espacios entre las estrellas. Te hablarán de los otros mundos, que para nosotros sólo son diminutos puntos de luz. ¡Estudia, Eranta! No disponemos de mucho tiempo.

El anciano se volvió hacia Hamerlo.

—Señor…

—Dime, viejo.

—Temo cometer un acto impúdico a los ojos de los dioses, que siempre, por boca de los sacerdotes, nos han dicho que de las estrellas sólo pueden llegarnos males.

—Ésas son tonterías. No tenemos mucho tiempo, Eranta. Pronto ocurrirán grandes acontecimientos en estas tierras y debemos estar preparados.

—La leyenda, señor…

—La conozco. ¿Qué te ocurre?

—La leyenda dice que de las luces vendrán seres, a bordo de infernales máquinas, para destruir a los habitantes impuros de este

mundo. Siempre hemos pensado que los seres impuros son los kebashitas. Me pregunto si es realmente así.

—No lo dudes. Nuestros ancestrales enemigos no son humanos. Hace siglos, ellos fueron los esclavos de nuestros antepasados. Tal vez ahora, con la próxima llegada de los seres de las estrellas, vuelvan a la condición de la que nunca debieron salir.

* * *

A Ebaka, regidor de Kebash, la aparición de la luz que se movía en el cielo le dejó pensativo durante largas horas. Contemplaba la aparición nocturna desde la terraza de su palacio.

Ebaka era alto, medía casi dos metros. Su blanca piel se destacaba en la oscuridad de la terraza. Se agitó un instante, tal vez debido al frío de la noche. Se recogió la gruesa capa y acarició con los seis dedos de la mano la empuñadura de su espada.

Allí estaba la luz, cada vez más fuerte, siempre moviéndose hacia poniente, muy despacio. Seguramente, cuando la estrella Uoroth se levantase la luz seguiría viéndose.

Bajó la mirada y se acercó hasta el muro, para echar un vistazo a la ciudad. Pese a lo avanzado de la noche había muchas gentes por las calles. Pero los kebashitas estaban serenos ante la aparición de la luz.

—Ebaka —susurró una atiplada voz a su espalda.

Se volvió y vio a Zata, su favorita. Se había aproximado a él sin que la oyese y aquello le molestó. ¿Qué pasaba con su fino oído? ¿Acaso la presencia de la luz había disminuido su percepción auditiva, de la que estaba tan orgulloso?

Zata se veía muy hermosa aquella noche. Era casi tan alta como él y la esbeltez de su cuerpo se adivinaba a pesar del traje de fino tejido que la ligera brisa movía.

—Debes dormir —dijo él.

—No podía hacerlo sin ti, mi amor —dijo ella suavemente—. La noche es fría, y echo de menos el calor de tu cuerpo.

—Lo siento. Perdóname. Te ruego que te vayas a la cama. Esta noche no estoy predispuesto para el amor.

—¿Te sientes preocupado por la luz?

—Sí.

—¿Qué supones que es?

Ebaka se encogió de hombros.

—Si hemos de creer en la leyenda, esa luz representa el final de los tiempos… o el comienzo de otros nuevos. ¿Mejores o peores? No lo sé. Nadie puede saberlo.

—Pero la leyenda es ammonita.

—Sí. Fue propalada por Ammo, por los antiguos amos. Empero, enraizó en nuestro pueblo y ahora aparece como nuestra también.

—¿Tú crees en ella?

—Sólo en la lógica que contiene. ¿Por qué no puede ocurrir? Es lógico que algún día seres de otras estrellas lleguen a este mundo. Pero ¿con qué intenciones? Absurdamente, la religión de los ammonitas prohíbe el estudio del pasado, hablar de las estrellas…, de las hipótesis que nuestros sabios kebashitas discuten normalmente, acerca de la posibilidad de vida en otros mundos que giran alrededor de soles semejantes a nuestro Uoroth. ¿Por qué los ammonitas son tan estúpidos?

—Son supersticiosos, cariño. Debes descansar, estás muy tenso. Ayudaré a que acuda a ti el sueño reparador…

Pero Ebaka no parecía escucharla. Apoyó las manos en el muro de la terraza y levantó la mirada hasta las estrellas.

—Esa luz lleva una dirección fija. Describe un amplio círculo alrededor de las tierras de Ammo.

—¿Eso es bueno?

—No. Me temo que no.

—¿Porqué?

Ebaka soltó una risa nerviosa.

—En Kebash estudiamos lo que en Ammo es materia prohibida. Pero eso no significa que nuestra ignorancia en el tema sea inferior a los ammonitas. ¿Qué sabemos nosotros? Casi toda la fuente del saber quedó en tierra ammonita. Nuestros hombres de ciencia apenas dispusieron de libros, de informes. Partieron de cero, pero creo que pese a todo saben más que los de Ammo.

»¡Y ahora esa luz está sobrevolando Ammo! No sé lo que sucederá, pero estoy seguro de que lo que sea esa luz descenderá primero allí.

—¿No deberíamos alegrarnos por ello? Si son demonios los que viajan en esa luz, en Kebash no sufriremos las consecuencias.

Sonriendo indulgentemente, Ebaka tomó a la mujer por los

hombros. Acarició sus manos de seis dedos y luego las marfileñas mejillas.

—Eres encantadora, Zata —suspiró—. Tal vez tengas razón y no tenga yo que perder el tiempo en esta terraza, cuando estaría más cálidamente acogido entre tus brazos.

Los ojos de Zata se iluminaron. Sus pupilas grandes y azules se tornaron doradas y sus labios sonrieron. Su belleza aumentó. Tomó al regidor de Kebash por las manos y lo condujo al interior. Un cálido fuego crepitaba en la chimenea. Se sentaron en sendos sillones delante de él. Zata escanció humeante líquido en una taza, echó las hierbas precisas y luego ofreció el brebaje a Ebaka.

—Bébelo con todo mi amor, cariño.

Ebaka aspiró profundamente el grato olor que se desprendía de la bebida, la que debía predisponerle para una noche de amor. Pero quedóse pensativo, sosteniendo la taza en los labios.

Zata le miró preocupada.

—Noto disgusto en tu expresión. Bebe, por favor.

Entonces él dejó la vasija sobre una pequeña mesa cercana. Se levantó y dijo:

—No necesito nada esta noche, Zata —añadió con pesar—. Lo siento, pero no es momento para sumirnos en el placer. Presiento que graves acontecimientos se ciernen sobre las tierras de Kebash.

Se dirigió a la salida del dormitorio. Desde cerca de la chimenea, Zata le preguntó:

—¿Adónde vas?

—Seguramente los consejeros no pueden dormir tampoco.

—No te han llamado…

—Son prudentes. Pero de seguro han de estar reunidos. Iré con ellos y discutiremos la situación. Al atardecer llegaron informes de nuestros vigías fronterizos: los ammonitas están alterados.

—Son fanáticos religiosos…

—Pero su jefe, Hamerlo, no es tonto. Llegado el caso, estoy seguro de que será un hombre práctico. Pienso que hemos de estar prevenidos. Mañana o dentro de unos días, la nave de las estrellas, esa luz que tanto nos preocupa, descenderá.

—Pero tú has dicho que posiblemente sea en Ammo…

—Y eso es lo que me preocupa, querida. —Se dirigió a la salida y antes de cerrar la puerta, dijo—: Y que quienes los reciban sean

los ammonitas puede ser funesto para Kebash.

CAPÍTULO II

Alice Cooper entró en la sala de conferencias cuando el comandante Glent estaba diciendo:

—Será un acercamiento difícil… —Pero se detuvo y miró ceñudo el ingreso de la capitana.

La mujer sonrió disculpándose. Dijo a su superior:

—Lo siento, señor. He terminado mi guardia hace apenas unos minutos. He venido tan pronto como pude.

—Está bien —dijo Bert Glent—. Repetiré para usted lo que he estado diciendo a sus compañeros. Siéntese.

Alice lo hizo al lado del capitán Ngo-Nao, quien le susurró entre dientes:

—El comandante no está muy alegre esta mañana, preciosa. No debemos enfurecerle.

Glent carraspeó y en la sala se hizo de nuevo un silencio total.

—Tras los primeros estudios efectuados durante estos días en el planeta Leina, el tercero de la estrella Uoroth, podemos confirmar en casi su totalidad los informes proporcionados por el Departamento de Planificación. Así, pienso que será un acercamiento difícil, como ya he dicho antes.

»Leina disponía de una población nativa humanoide cuando fue colonizado por el Gran Imperio. En realidad se trató de una conquista, no carente de violencia. Pero los nativos se sometieron pronto. Ellos llamaban al planeta Kebash, y nunca admitieron el nombre imperial de Leina. Supongo que todos ustedes habrán estudiado los informes referentes a los humanoides. Excepto dos o tres pequeñas particularidades, podemos definirlos como plenamente humanos. La diferencia más notable, además del sexto dedo en sus manos y pies, es el color marfileño de su piel. Tal vez sean un poco más altos que el promedio humano.

»No tenemos muchos datos del tipo de resistencia que opusieron a las tropas imperiales cuando fueron conquistados, pero dudo que fuera mucha. Vivían en un estado de baja civilización, casi sin tecnología. Ni siquiera sabían volar dentro de su atmósfera. Pero creo que disponían de cierta filosofía, y su forma de vida era socialmente estable.

»La llegada del Imperio trastrocó su pacífica existencia. Nunca llegaron a mezclarse sexualmente, al menos con resultado, con los humanos. Al parecer la unión entre humanos y nativos no es fecunda. Pero eso es lo de menos. Nuestro problema es establecer un plan de acercamiento. Al diseñar ese plan, como bien saben, no podemos olvidarnos de nuestro Código.

Un teniente alzó su mano, solicitando permiso para formular una pregunta. Cuando el comandante se lo concedió con un gesto, inquirió:

—Señor, confieso que éste es el primer acercamiento en que participo y sólo dispongo de teorías. Estoy un poco confundido y lo reconozco. ¿Podría decirme si el Código establece alguna norma determinada para darnos a conocer a los nativos?

El comandante frunció el ceño.

—Al referirse a los nativos, ¿habla usted de los humanoides o de los descendientes de la colonia imperial?

—En realidad en ambos, señor.

—En tal caso debemos asegurarnos cuál es el poder legal establecido. Recuerden que el Código nos impone entablar conversaciones con los líderes de las comunidades que pretendemos integrar en el Orden Estelar, para convencerles de la conveniencia de aceptar la presencia de la Tierra por la serie de mejoras que supondrá para ellas. Deben ser conscientes de que el aislamiento que padecen desde la desaparición del Gran Imperio habrá terminado… si así lo desean.

—¿Acaso cabe la posibilidad de que se nieguen a aceptarnos, señor?

Alice comprendió en seguida que la pregunta del teniente no había sido del agrado de Glent. El comandante hizo girar su sillón, cruzó los dedos y pareció pensar la respuesta. Pausadamente, dijo:

—La fe que debemos depositar en la feliz consecución de nuestra misión debe alejar de nuestras mentes la remota posibilidad de un

fracaso. El Alto Mando nos ha enviado aquí para que este mundo olvidado, Leina, sea incorporado a nuestra organización. No debemos regresar sin haberlo conseguido.

La mujer pensó que en realidad el comandante había eludido la pregunta del joven teniente. Miró de soslayo a su compañero. El capitán pareció presentir su mirada y se volvió ligeramente hacia ella.

Ngo-Nao

dibujó una parca sonrisa y se encogió de hombros a su lado. Murmuró:

—El comandante, como te dije, no parece estar muy satisfecho con esta misión.

—¿Por qué? —preguntó Alice quedamente.

—Fracasó una vez. Teme fallar de nuevo. Y eso sería fatal para su hoja de servicios.

Alice reprimió sus deseos de querer saber más cosas acerca del comandante. Se dijo que más tarde preguntaría a

Ngo-Nao

, que parecía estar enterado del historial del comandante. Ella era nueva en aquella Unidad Exploradora, la Unex Altea. Y la misión que tanto parecía preocupar al comandante era en realidad el primer trabajo de Alice.

—Cuando el Imperio se tambaleó debieron suceder cosas en Leina —siguió diciendo el comandante— que nosotros ignoramos. Hechos que influyeron en las comunidades. Al cesar las comunicaciones imperiales en la Galaxia la mayor parte de la clase dominante humana no pudo marcharse, como sucedió en otros muchos planetas. ¿Qué pasó? Eso debemos averiguarlo nosotros, porque no consta en los informes del Departamento de Planificación.

Alice alzó su mano y Glent asintió.

—Comandante, los habitantes de Leina, humanos o humanoides, han debido ver nuestra aproximación, ¿no es así?

—Posiblemente, capitana Cooper.

—Por lo tanto, saben que una nave procedente de algún lugar de la Galaxia ha llegado por fin a su mundo, al cabo de algunos siglos. Me pregunto si aún recuerdan al Gran Imperio.

—Ojalá yo supiera eso, capitana. ¿Algo más?

—Sí. ¿Ha pensado usted en un acercamiento espectacular, o aún debemos recabar informes antes de tomar una decisión?

—Lo último, capitana. Necesitamos más datos. Por lo tanto, he decidido formalizar un plan de acercamiento secreto.

Alice se sentó. No tenía nada más que preguntar. Sabía lo que quería el comandante. Era una táctica prudente, pero peligrosa. Al menos sería peligrosa para los encargados de llevarla a cabo. Glent quería que algunos miembros de la nave descendiesen al planeta e investigasen sobre el propio terreno la forma de existencia que llevaban las diversas comunidades que pudiesen existir, para posteriormente ponerse en contacto con aquella que gozase de más poder y controlase el mayor número de habitantes.

Era lo que exigía el Código.

—Repasen sus copias del informe del departamento, señores —dijo Glent—. Cuando mis ayudantes y yo terminemos de perfilar los mínimos detalles del próximo movimiento en Leina, les convocaré para discutir algún dato en concreto. Y también, por supuesto, para nombrar a quienes deberán descender en el planeta. Pueden retirarse ahora.

Los veintitantos oficiales se levantaron y fueron despejando lentamente la sala. Alice se volvió un momento y vio a Glent dialogar en voz baja con el capitán Diome y la capitana Embah; esta última era el oficial más veterano de la unidad y gozaba de la total confianza del comandante.

Por el pasillo,
Ngo-Nao
se acercó a Alice.

—Es el cuarto Mundo Olvidado que visito, pero el primero a las órdenes de Glent —comentó.

—Pensé que tú habías estado con él en aquella misión que fracasó.

—No. Lo sé por oídas.

—¿Qué sucedió?

—Creo que los nativos echaron a patadas al comandante —rió
Ngo-Nao
.

—No está bien que te divierta un fracaso del Orden —le recriminó Alice, añadiendo su risa a la del negro.

—Pero lo peor para Glent fue que pocos meses después llegó otra Unex y arregló las cosas.

—Supongo que se precipitaría en aquella ocasión.

El capitán negó con la cabeza.

—No, nada de eso. Hizo lo mismo que está haciendo aquí. Cansó tanto a los nativos que éstos pensaron que la nave del Orden era enemiga. Mira, Alice, el asunto de los acercamientos a los Mundos Olvidados es algo muy difícil, sobre todo cuando en ellos existen comunidades contrarias o que aún no han perdido todo lo que heredaron del Gran Imperio. Y en este caso es así. Allá abajo existen dos pueblos, según las observaciones. Uno está formado por los descendientes de los imperialistas y el otro, obviamente, por los aborígenes.

—Y la pregunta es, a quiénes debemos pedir permiso para aterrizar.

—Eso es.

—¿Qué harías tú?

Ngo-Nao

apretó los labios y movió sus enormes manos.

—¡Por el sol de Estrian, que no lo sé! Pero te juro que lo sabría si yo fuera el comandante. A mí no me pagan para pensar tanto.

—Estrian… —repitió Alice—. ¿Tú eres de Estrian?

—Sí.

—Fue redescubierto hace treinta años nada más…

—Exactamente treinta y dos años. Cuando llegaron las naves del Orden Estelar yo era aún un muchacho.

—Vaya. ¿Por qué te enrolaste?

Habían llegado a la sección de descanso. Allí los oficiales se dispersaron.

Ngo-Nao

se tumbó en un colchón de aire.

—Las leyendas de mi pueblo cantaban las bellezas de los espacios estelares. Yo me aproveché de la política de acercamiento que anunciaba el Orden y me inscribí. Durante doce años fui un simple soldado, hasta que conseguí ascender.

—No está mal para un estriano llegar a capitán —rió Alice—. Y sobre todo si no ha pasado por la academia.

Ngo-Nao

hizo un gesto de resignación.

—Pero no pasaré de comandante… y dentro de treinta años, al menos. En cambio tú recibiste estudios, Alice.

El gesto de ella se hizo repentinamente adusto.

—Según mi padre, yo debería estar ahora al mando de una Unex. Al parecer todavía le estoy defraudando.

—¿Qué le pasa a tu viejo?

—Es un héroe del Orden. De simple soldado llegó a general. Hace algún tiempo tuvo una grave enfermedad y tuvieron que cambiarle de cuerpo, cuando al fin lograron clonar uno adecuado. Ahora vive sus últimos años en la Tierra, cuidando un pequeño jardín. Hace más de un año que no le veo —sonrió tristemente—. Pero dejemos eso.

—Tienes razón —exclamó
Ngo-Nao
—. Aunque mi inteligencia no es nada extraordinaria soy consciente de que nunca seré más de lo que he alcanzado ahora. Supongo que puedo ser un magnífico oficial de infantería, pero como estratega soy una nulidad. Por eso no me gusta juzgar al comandante.

—Pero tú no estás de acuerdo con sus planes respecto a Leina…

—Mira, Alice. Me gustan las acciones directas, ¿sabes? Si hay que investigar se investiga, cuanto antes mejor. ¿Para qué tantos rodeos? Estamos perdiendo el tiempo. Si Glent sigue con sus dudas creará problemas, ya lo verás.

—Puede ser. Te veré luego,
Ngo-Nao
.

El hombre se incorporó un poco. Con picaresca expresión señaló una dirección determinada.

—Eh, preciosa. Por allí se va a la piscina. ¿Te apetece un baño conmigo? Luego podemos ir a mi camarote.

Ella negó con la cabeza. Sonrió.

—No, lo siento.
Ngo-Nao
se puso serio.

—¿Cuándo aceptarás una invitación de mi parte?

—Algún día.

—Supongo que no será porque sólo soy un patán, ¿verdad?

—¡Claro que no! —se apresuró ella a contestar—. No ha sido mi intención ofenderte.

—Oh, no te preocupes —dijo Ngo-Nao, riendo—. No puedo ofenderme porque sé que no has intimado todavía con ningún oficial de esta nave. ¿Algún problema, Alice?

Ella rió de buena gana.

—¿Problemas sexuales, dices? Nada de eso. Simplemente, me encuentro bien durmiendo sola… Al menos por el momento.

—De acuerdo. Si alguna vez se avería la calefacción de tu camarote no te olvides de mí.

—Lo recordaré.

Alice salió de la sección y se dirigió a su camarote directamente. Allí se encerró y se tumbó en la cama. Alzó las manos y bajó hasta la altura de sus ojos la pequeña pantalla. Apretó un botón y comenzó a visionar por octava vez el informe del Departamento de Planificación sobre Leina.

—Planeta tipo Tierra, gravedad 1,2; densidad…

La voz femenina fue describiendo monótonamente las características del planeta. Alice aceleró el proceso y la voz, después de un gemido, siguió explicando:

—Se deduce que el Gran Imperio sólo encontró rentable la explotación de las ricas pieles de las bestias de las extensas llanuras. Los nativos no sacrificaban estos animales, pero los imperialistas les exigieron que debían entregarles anualmente cierta cantidad de pieles, muy apreciadas en la Corte Imperial. Tal medida provocó la irritación de los nativos de Leina. Se supone, aunque no existe seguridad, que hubo una revuelta y por primera vez las tropas imperiales usaron las armas para sofocarla.

»A partir de tal hecho, el Delegado Imperial implantó severas medidas contra los humanoides. Este dato no ha podido ser comprobado, pero se piensa que fue instaurada la esclavitud. Cuando tal medida llegó a la Corte Imperial el delegado fue depuesto, pero no por ello disminuyó la represión contra los aborígenes…

Alice frunció el ceño. De nuevo imprimió más velocidad a la

grabación. La cara de la informadora dejó paso a una visión de mala calidad de la superficie de Leina. La voz dijo:

—… hermoso. Un planeta agradable, sobre todo en su franja ecuatorial. A la vista de los registros, actualmente se estima que la calificación de humanoides fue emitida por el Imperio precipitadamente. Hoy en día esos seres serían considerados como ciudadanos de la Galaxia con plenos derechos…

Apareció una visión, ligeramente mejorada, de una ciudad nativa. Eran filmaciones de más de ocho siglos, y la conservación no había sido la adecuada. Pero por un instante mejoró aún más, cuando en un plano medio aparecieron varios aborígenes adultos.

Alice se sentó en la cama, acercándose a la pantalla. En ésta aparecieron algunos varones. Pensó que eran atractivos. Eran altos, esbeltos y de piel muy blanca, pero nunca podían ser considerados de aspecto cadavérico. Sus ojos eran azules o verdes, muy grandes.

Uno de los nativos pasó cerca del objetivo que lo filmó ochocientos años atrás y pareció sonreír, mostrando una fuerte dentadura. Sus labios eran carnosos, sensuales. Alice se sintió impresionada por el aspecto de los kebashitas.

Capítulo III

El piloto asomó la cabeza por la escotilla y dijo:

—Suerte. Ya sabéis que acudiré apenas hagáis sonar la llamada.

Alice sonrió.

—Eso nos tranquiliza. Hasta la vista, teniente.

Ngo-Nao
agitó la mano saludando.

—De todas formas estaremos aquí antes de tres días —dijo.

La nave se elevó y antes que alcanzase los cien metros de altura pareció desvanecerse en el aire. Alice se asombró, una vez más, ante el proceso de invisibilidad del vehículo de desembarco.

Se volvió hacia
Ngo-Nao
y no pudo reprimir una carcajada. El hombre separó los brazos de su cuerpo.

—¿Es que no estoy atractivo con esta indumentaria local?

—Claro que sí.

—Te burlas. En cambio yo tengo que decir que tú estás realmente bonita con las ropas que usan las mujeres en este planeta.

Alice se giró y su capa revoloteó al viento de la llanura. Caminó sobre sus desnudas piernas. Sus pies estaban calzados con unas botas de piel negra. Un jubón de fino tejido rojo cubría su busto, sujeto a la cintura por una correa marrón de la que pendían algunas pequeñas bolsas.

Miró a su compañero.
Ngo-Nao
llevaba pantalones amplios y una camisa verde, de alto cuello. Al hombro tenía una mochila que evidenciaba pesadez. Alice sabía lo que había dentro.

Ella se dirigió a lo alto de una loma. Aspiró profundamente el aire, su mirada se deslizó por la llanura, lanzó un pequeño grito y

llamó al hombre.
Ngo-Nao
acudió corriendo, con un ligero aire de preocupación en sus profundos ojos.

—¡Mira! —exclamó Alice señalando hacia el horizonte.

Era una manada de animales. Estaba a más de un kilómetro de ellos.

—Son mutantes —dijo
Ngo-Nao
—. Sí, esos bichos que cazaban por la delicada piel que poseen. Creí que estaban extinguidos…

—Pues ya vemos que no. Al parecer, cuando cesaron las comunicaciones con el resto del Imperio la demanda cesó. A partir de entonces sólo debieron cazar los que necesitaban.

—Algo bueno resultó para el planeta, ¿no? Demonios, deben ser miles.

—Será mejor que caminemos en dirección contraria —aconsejó Alice, empezando a descender de la loma.

—Pero un poco hacia la derecha. Así el viento lo recibiremos de espalda y esos animales no nos olerán.

—¿Son peligrosos?

—No lo creo, pero es mejor evitar que se asusten.

Durante dos horas caminaron en silencio por las interminables llanuras. De vez en cuando descubrían pequeños grupos de árboles. Pero decidieron no acercarse a ellos cuando descubrieron sombras que se movían.

Vieron algunos mutantes dispersos, pastando tranquilamente.
Ngo-Nao
calculó que los adultos debían pesar casi media tonelada. Sus brillantes pieles negras relucían al sol y Alice no pudo evitar pensar que un vestido confeccionado con aquella piel podía resultar encantador.

Se detuvieron en una ligera elevación del terreno, sacaron sus raciones de comida y saciaron el apetito.

—Estamos cerca de la línea fronteriza, Alice. Al oeste están los territorios de los humanos, con sus aldeas y la gran ciudad. Al este viven los nativos. Los humanoides.

—Yo hubiera visitado primero las ciudades de los kebashitas —

rezongó Alice.

—Pero las órdenes son investigar primero en la región que los descendientes de los imperialistas llaman Ammo.

Alice bebió un sorbo de agua, pensativa. Volvió la cabeza para mirar hacia el este. Allí estaban los kebashitas, los interesantes hombres de piel blanca como la nieve y sonrisas melancólicas. Suspiró y se incorporó.

—Bueno, esperemos que no nos descubran. Sigamos, Ngo-Nao.

—¿Por qué van a descubrirnos? —Dijo el hombre, tomando su mochila—. Hablamos como ellos, disponemos de monedas como hemos descubierto desde la Unex. También conocemos sus costumbres más habituales. Con un poco de prudencia podemos mezclarnos con la población y captar el ambiente auténtico, no el que nos enviaban los ojos espía teledirigidos.

Alice asintió. Durante cuatro días diminutos visores habían estado sobrevolando las concentraciones urbanas de los dos pueblos. Habían estado escuchando las estridentes conversaciones de los humanos en sus mercados y calles, las disputas y discusiones, riñas y encuentros amistosos. Pero con aquello no se podía conocer la realidad de lo que acontecía en el pueblo llamado Ammo. Las observaciones en la tierra de Kebash habían resultado, al menos para Alice, más fascinantes. Los humanoides eran gente de conversación apacible, comedida. Su educación era exquisita, pero la vida en sus aldeas y en la ciudad mayor era algo abúlica.

De todas formas, en el ambiente general se palpaba que ambas comunidades vivían con marcado recelo respecto a la otra, como si padeciesen los nerviosismos de una guerra fría.

El comandante había decidido que debían ir a Ammo y así habían sido disfrazados convenientemente. Hacer lo contrario equivalía a ser descubiertos apenas fueran vistos por los kebashitas. Los dos miembros del Orden Estelar no habían sido preparados para pasar por humanoides. Cierto que podían haberlos preparado los especialistas en la Unex: sólo se requería un total blanqueamiento en la piel sonrosada de Alice y oscura de Ngo-Nao, agregarles un sexto dedo en cada mano y agrandarles las pupilas

de los ojos, dándoles un tono verde o azul.

Se detuvieron cuando llegaron al linde de un camino polvoriento. En seguida descubrieron huellas de carretas.

—Este camino conduce lo mismo a un pueblo que a otro —comentó el hombre—. Pero nuestra dirección sigue siendo hacia el oeste.

Alice hizo un gesto de indiferencia y le siguió.

—Las huellas son recientes —dijo, al cabo de un rato de observarlas—. Si bien desde arriba palpamos un ambiente enrarecido, como de posguerra o de preparativos para un conflicto armado, estos pueblos mantienen relaciones comerciales, al menos.

—Siempre ha sido así —rió el capitán—. Mientras unos hombres combaten entre sí por órdenes de sus jefes, otros comercian entre ellos. Y al final son los únicos que ganan algo, además de conservar las vidas.

—Un ser tan práctico como tú, nativo del materialista Estrian, es un anacronismo en una organización tan idealista como el Orden Estelar,
Ngo-Nao
—protestó Alice.

—Veo las cosas como son, preciosa…

Se calló y miró hacia delante por el camino. Alice se puso a su lado y preguntó:

—¿Qué ves?

—Mejor dicho, oigo. Son pisadas de…, como de caballos.

Alice pensó que
Ngo-Nao
había querido decir el nombre de los animales de Estrian que tenían cierta semejanza con los caballos de la Tierra.

—Será mejor que nos apartemos del camino.

—¿Escondernos? —preguntó Alice.

—Sí. Al menos hasta que sepamos si podemos dejarnos ver. Recuerda que los dos pueblos mantienen un numeroso ejército que envían de patrulla por estas zonas.

Retrocedieron unos metros, buscaron amparo detrás de unos matorrales y atisbaron a través del ramaje.

Vieron llegar un animal al galope. Era de tamaño similar a los caballos terrestres, pero de cuerpo más largo, cuello cortísimo y

patas exageradamente gruesas. Sus pisadas herradas resonaban incluso en el polvo del camino. El animal iba montado por un hombre con ligera armadura. Del arnés del corcel salía una larga lanza con tremolante banderín escarlata. De cuando en cuando el hombre miraba hacia atrás, y por ello Alice vio que se trataba de un kebashita. En seguida apareció otro hombre, jineteando un caballo nativo que daba evidentes muestras de agotamiento.

Alice hizo intención de incorporarse cuando
Ngo-Nao
la contuvo, diciendo:

—Detrás llegan más jinetes. Y creo que son los que persiguen a estos dos.

De pronto el segundo jinete cayó al suelo al derrumbarse su montura. El pobre animal jadeó, sufrió una convulsión y quedó inmóvil.

El primer kebashita hizo volver grupas a su animal y trotó en dirección al caído, pero antes de llegar a su lado sujetó las bridas, haciéndolo detener. Por el camino se acercaban cuatro jinetes al galope. Detrás había otro que se detuvo, se salió del camino y se llevó una especie de ballesta a la cara, apuntando.

Del arma salieron disparadas ocho cortas flechas que se hundieron en el camino polvoriento, cerca del animal caído. Su jinete se levantó del suelo y cojeó un poco, avanzando renqueante hacia el compañero que lo aguardaba. Entonces una nueva serie de flechas le alcanzó por la espalda y las puntas de dos de ellas le salieron por el pecho, a la altura del corazón.

El jinete que apareciera primero lanzó al aire un desgarrador grito de rabia, picó espuelas y se enfrentó blandiendo una larga espada contra los cuatro guerreros que en aquellos momentos estaban rebasando el lugar del kebashita abatido.

Alice parpadeó involuntariamente cuando el acero del jinete solitario cruzó con el primero de sus enemigos. Entonces se levantó del vegetal escondite y sacó de una de las bolsas de su cinturón su pequeña y abombada arma.

—¡No! —gritó
Ngo-Nao
.

Alice titubeó. Con el gesto crispado dirigió una mirada ansiosa

al hombre.

—No debemos interferir en sus asuntos, capitán. —Ngo-Nao empleó la graduación de Alice, tal vez para hacerle comprender quién era ella, recordárselo.

Pero la mujer saltó por encima del matorral y anduvo unos pasos hacia el camino. Observó a los jinetes que intentaban rodear al guerrero kebashita y los reconoció como ammonitas por sus armaduras y tez bronceada.

El solitario combatiente había desarmado a uno de ellos y asestó un mandoble contra la cimera de otro, que se tambaleó y terminó de caer del caballo con el siguiente golpe. Pero eran demasiados los enemigos, y el kebashita no podría seguir manteniéndolos a raya por mucho tiempo.

Alice no lo dudó más y levantó su arma. Apuntó con cuidado, después de reducir al mínimo la potencia de las descargas. Apretó el disparador.

Un haz de finísima luz golpeó a un ammonita. Fue lanzado fuera de su silla y cayó levantando una nube de polvo. Dos disparos más y otros tantos guerreros fueron puestos fuera de combate. El cuarto se percató que allí estaba sucediendo algo inusitado, dominó a su caballo y se dirigió hacia donde estaba Alice. Ella le disparó y el hombre se derrumbó pesadamente, haciendo una grotesca parábola en el aire. Él último guerrero, el que había usado su arma arrojadiza, picó espuelas y se alejó a través de la llanura.

El kebashita lo descubrió, lanzó un grito de guerra y tomó su larga lanza. Después de sopesarla la blandió y arrojó con todas sus fuerzas. A pesar que el guerrero fugitivo estaba ya a más de treinta metros, la larga vara lo atravesó limpiamente. Saltó de la silla y cayó sobre los pastos. Su caballo siguió galopando, cada vez con menos bríos.

Alice notó a su alrededor, súbitamente, un total silencio. Bajó lentamente el arma.

Ngo-Nao
se acercó a ella.

—Buena la has hecho —dijo el oficial—. ¿Qué diremos ahora a este tipo? Querrá explicaciones. ¡Pistolas aturdidoras en un mundo dónde luchan con espadas y lanzas!

—No podía dejar que muriera a manos de esos tipos. Además,

no he matado a nadie: sólo los he aturdido. Despertarán dentro de una hora con dolor de cabeza y a lo sumo algún hueso roto.

—Lo sé, lo sé. Te vi reduciendo la potencia de tu arma. Pero ése a quien has salvado viene hacia nosotros. Es un kebashita, ¿no?

Alice asintió. Miraba con atención al guerrero, que se acercaba a ellos después de observar a su compañero herido. Conducía su caballo por las bridas, caminando despacio. Se detuvo a unos metros de los dos terrestres, mirándolos con fijeza y un marcado destello de sorpresa y agradecimiento en sus ojos azules.

—Debéis ser los que en Ammo son considerados infieles —susurró con bien timbrada voz.

Alice y
Ngo-Nao
se miraron de reojo. Ambos habían acordado que en caso de duda ante una situación poco conocida no debían precipitarse.

El kebashita se acercó un poco más. Aún sostenía con la otra mano la espada.
Ngo-Nao
hizo un movimiento de desconfianza. El guerrero, sin mirarle y pendiente sólo de Alice, dijo con una parca sonrisa:

—No temáis. Me habéis salvado la vida. Pero en realidad has sido tú, mujer. —Echó hacia atrás la cabeza, aspiró y añadió—: Y con una vieja arma.

Mecánicamente, Alice trató de ocultar su mano armada. El kebashita envainó la espada. Hizo una leve reverencia.

—Te estoy agradecido. No temas nada de mí. Sé que muchos ammonitas se oponen a la violencia que durante tantos años ha separado a los pueblos de este mundo. En Ammo se impone la ignorancia en provecho de unos pocos, de los sacerdotes y los que gozan del poder. ¿Me equivoco al suponeros enemigos del jefe Hamerlo?

—No pareces muy sorprendido de que yo disponga de… una vieja arma —dijo cautamente Alice.

La sonrisa del kebashita se acentuó. Movió la cabeza.

—Oh, no. Aún perduran algunas, lo sé. Afortunadamente no están en manos de Hamerlo. El hecho de que tú tengas una me obliga a confiar en vosotros. Sé que los infieles no sois amigos de Kebash, pero tampoco nuestros enemigos. Decidme, ¿sois

comerciantes?
Ngo-Nao
se adelantó.

—Sí. Aunque hace tiempo que no visitamos las ciudades de Kebash, nos agrada tratar con sus gentes.

—Lo celebro. No veo vuestro carro con las mercaderías…
Ngo-Nao
se humedeció los labios antes de decir:

—No está lejos, señor.

Mirando a los ojos de Alice, el kebashita preguntó:

—¿Sois amantes o matrimonio?

—Hermanos —dijo Alice rápidamente.

—Ah. Bien, la situación no está ahora clara entre nuestros pueblos, pero si alguna vez visitáis la ciudad me gustaría veros de nuevo.

—Será difícil, me temo. Las patrullas kebashitas se han reforzado.

—Si os acercáis pacíficamente no seréis molestados. Tomad.

El kebashita tendió a Alice un disco de metal, con unos anagramas.

—¿Qué es esto?

La pregunta de la mujer sorprendió un poco al guerrero, pero explicó, quitándole importancia al hecho:

—Mi sello particular. Mostradlo y nadie os molestará en todo el territorio de Kebash.

El kebashita se volvió y regresó de nuevo donde estaba su compañero muerto. Se apeó, lo alzó y lo cargó sobre la montura de uno de los caballos del enemigo. Por un momento se detuvo para mirar a los ammonitas caídos. Al incorporarse preguntó, un poco sorprendido, a los dos miembros del Orden:

—No están muertos…

—Sólo aturdidos —contestó
Ngo-Nao
—. Nos repudia matar, señor.

—Entiendo. Eso confirma mi creencia de que sois infieles. Pero, en realidad, ese nombre no es el adecuado. Yo os llamaría fieles a la verdad, inteligentes y poseedores de conocimientos que durante años los dirigentes de Ammo han tratado de desterrar, sumiendo a

su pueblo en la más estúpida ignorancia.

—¿Por qué te perseguían?

A la pregunta de Alice, el guerrero se alzó ligeramente de hombros.

—Tal vez yo haya tenido la culpa. ¿Habéis visto la luz en el cielo, que apareció hace unos días? —Sin esperar réplica afirmativa, añadió—: Mis consejeros y yo llegamos a la conclusión de que los seres que tripulan la nave de las estrellas descenderán, cuando al fin lo hagan, más cerca de los ammonitas que de nosotros. Exploraba el terreno en compañía de mi desdichado amigo cuando fuimos sorprendidos.

—Creí que había paz ahora —opinó Alice.

—¿Paz? —El kebashita asintió con amargura—. Sí, la paz mezclada con la guerra que existe desde hace años. Una extraña paz. Ciertamente, los últimos tiempos fueron más tranquilos, pero la presencia de la luz, de la nave de las estrellas, ha soliviantado a los ammonitas.

—Ésta es una zona neutral, un terreno entre los dos pueblos sin dueño determinado —dijo Ngo-Nao atreviéndose en un tema que no dominaba—. Esa patrulla no debió atacarte. Claro que no sabemos si fueron provocados…

—¡Yo no provoqué nada! —El ligero estallido de furia se esfumó rápidamente—. Lo siento. No tuvimos más remedio que dar media vuelta y huir, pero la montura de mi amigo estaba cansada y ya habéis visto lo que sucedió. Vosotros sois personas un poco extrañas, amigos.

—No entiendo, señor…

El guerrero indicó el color rojo de su cimera.

—¿Cómo es posible que no hayáis reconocido mi emblema?

Alice abrió la boca, pero no dijo nada. No sabía qué decir. Un ligero quejido en uno de los derribados guerreros ammonitas le evitó hacer comentario alguno.

—Debéis marcharos —dijo el guerrero—. No es prudente que os quedéis cerca cuando él despierte. Yo también me marcharé. Y repito que me gustaría veros en la capital de Kebash.

Alice asintió, sonriente.

—Lo haremos. Pronto iremos a Kebash. Pero me gustaría

conocer tu nombre, señor.

El kebashita soltó una carcajada, montó ágilmente en su caballo y agarró las bridas del que portaba el cadáver. Dijo, antes de emprender un vivaz trote:

—Preguntad por Ebaka. ¡Por los dioses que sois raros comerciantes si no me conocéis! Hasta la vista, hermosa.

Alice se quedó mirando el camino por el que se había marchado el par de caballos, con un hombre llamado Ebaka y otro muerto. Sintió que Ngo-Nao la tocaba en el hombro.

—Eh, linda. Despierta. Es hora de marcharnos. Esos tipos despertarán y debemos estar lejos para entonces. ¿Qué te parece si tomamos prestados dos de sus caballos? Eso nos permitiría llegar cuanto antes a la ciudad de Ammo.

CAPÍTULO IV

Llegaron al atardecer a la ciudad. A medida que se aproximaban, el camino se fue llenando de gentes que se dirigían a ella. Parecían acudir de todas partes. Carretas enormes con familias enteras arrastradas por grandes bueyes, carros lujosos arrastrados por poderosos caballos y conducidos por siervos, jinetes y, sobre todo, cientos o miles de personas que parecían tener prisa por integrarse en la urbe.

Ngo-Nao

y Alice habían tenido la precaución de quitar de los arneses y sillas de montar de sus caballos todo indicio que pudiera revelar a algún curioso que habían pertenecido a una patrulla militar.

La entrada de la ciudad estaba custodiada por varios soldados. Pasaron ante ellos y Alice descubrió que un oficial portaba en su cinto una enorme pistola. Se la indicó con un gesto a su compañero y éste le dijo susurrante:

—Tiene muy mal aspecto. Me pregunto si estará en condiciones de disparar.

—Tal vez sólo la lleve como distintivo de su rango.

Minutos más tarde, Alice comentó:

—Parece que la ciudad está de fiesta. Todas las calles se ven excesivamente concurridas.

Entraron en una explanada que debía ser también lugar reservado para el mercado. Casas de tres y cuatro pisos la rodeaban. Al fondo había un edificio mayor, de aspecto exageradamente elaborado. Hacia allí parecía concentrar su interés la multitud. Una doble fila de soldados armados con largas picas mantenía el orden, formando una especie de pasillo hacia el interior.

En aquel momento sonaron trompetas y una comitiva que partía desde el otro extremo de la plaza se dirigió hacia la extraña edificación.

—Parece un templo —dijo
Ngo-Nao
.

—Lo es. Esto confirma lo que supusimos a bordo del Altea —dijo Alice—. Además de la autoridad civil, en manos de un tipo al que llaman jefe y que es un general o algo así, los ammonitas están supeditados a las directrices de una especie de religión, llamada comúnmente el Culto —sonrió—. Creo que gobernantes y sacerdotes están muy compenetrados.

—¿Para mantener al pueblo sumido en la ignorancia y manejarlo a su antojo?

—Posiblemente. Mira,
Ngo-Nao
… Fíjate en ese tipo que camina entre esos soldados de cota de malla dorada. Parece tratarse de un personaje.

El que señaló Alice vestía una túnica escarlata y dorada, y llevaba un casco blanco rematado por un plumón verde. Caminaba con porte altivo y la gente que contenía la doble fila de soldados inclinábase a su paso.

—Debe de ser el jefe —musitó Alice.

—Un título poco rimbombante, ¿no?

Detrás del tipo de lujosa vestidura iba un grupo de hombres con capuchas y largas túnicas negras que arrastraban por el suelo. Del gran edificio salió un personaje también con hábito negro, pero en lugar de capucha llevaba sobre su cabeza un alto capirote, también negro. Recibió al jefe y ambos entraron en el templo. Los soldados quedaron fuera y los sacerdotes penetraron a corta distancia de la pareja.

Entonces se produjo un movimiento de ansiedad en la multitud. Todo el mundo quería penetrar en el templo. Alice y
Ngo-Nao
se vieron empujados y poco después caminaban, entre bandazos, bajo las bóvedas del templo.

A codazos se abrieron paso y lograron situarse en un lugar desde donde podían observar perfectamente las ceremonias que se estaban desarrollando delante de una especie de altar. Allí había una larga mesa y sobre ella la tosca reproducción de una vieja nave estelar, sobre cuya aguda proa lucía un sol metálico.

Los sacerdotes estaban terminando de entonar una canción evidentemente religiosa. Uno de ellos, de aspecto viejo y senil, subió hasta un estrado y desde allí dirigió la palabra a la multitud. Pero sus frases resultaron inaudibles a los oídos de los dos miembros del Orden.

Entonces el sacerdote del capirote subió al estrado y el anciano que había hablado tan torpemente bajó vacilante los escalones. Alice observó que el hombre que suponían era el jefe de Ammo se había sentado en un sillón grande delante del altar. A ambos lados se situaron dos soldados, con las manos sobre las empuñaduras de sus largas espadas.

El sacerdote levantó sus brazos y en el templo se hizo por primera vez un silencio total. Alice notó la humedad reinante y se estremeció ligeramente. Arrugó la nariz ante el olor a suciedad de las personas que la rodeaban.

—Ammonitas, nuestro amado jefe me ha pedido que os dirija la palabra para tranquilizaros respecto a la luz que desde hace unos días se desliza sobre nosotros, por delante de las estrellas.

Un murmullo, mezcla de temor y asombro, surgió de los miles de personas que llenaban el templo. Fuera habían quedado muchos ammonitas que no habían podido entrar y que los soldados, una vez comprobado que no cabían más, contenían a duras penas con sus picas.

El sumo sacerdote bajó los brazos y paseó su aguda mirada sobre las cabezas silentes, que le miraban expectantes.

—Nuestro culto al Sol, a Uoroth, el cual nos da vida y calor, es consciente de que están próximos días graves y trascendentales —dijo con voz chillona, inclinándose sobre la baranda del estrado—. Muchos de vosotros habéis tomado la presencia de la luz como un nefasto acontecer. Sabemos que algunos falsos profetas han estado difundiendo en esta ciudad y otras aldeas que esa luz que se mueve sobre nuestras cabezas presagia grandes males sobre nuestra amada patria Ammo. Mis acólitos y yo hemos meditado profundamente estos días, e iluminados en nuestra inteligencia por nuestro dios Sol, por Auroth, hemos alcanzado la verdad.

»Esa luz puede traer dos cosas. Una sería mortal para nuestro pueblo, pero también podría significar el comienzo de grandes cambios, de una mayor gloria para Ammo y nuestro amado jefe. Y,

por supuesto, para el Culto. Sí, esa luz puede derramar sobre nosotros grandes bienes. Desde los templos del Culto se ha advertido a los fieles que los viejos tiempos fueron funestos y que no hay nada mejor en todo el Universo que este planeta, estas tierras, y que el destino de nuestro pueblo es recobrar la supremacía que una vez tuvo. Y ese momento puede llegar si esa luz, convertida en un carro capaz de navegar entre las estrellas, desciende sobre nosotros.

La multitud rugió y lanzó gemidos. Alice notó un pánico ancestral en aquellas gentes. El sumo sacerdote alzó los brazos y bramó:

—No ofendáis a nuestro dios Uoroth, temblando como mujeres en este sagrado recinto, insensatos. Os digo que nada debemos temer de esa luz. Por el contrario, pueden venir en ella los dioses menores que acompañan a Uoroth. Esa luz, que en realidad es una gigantesca nave que surca los espacios en lugar de los ríos, probablemente está llena de hermanos nuestros, no de seres impuros como los kebashitas. Con su ayuda volveremos a ser los verdaderos dueños de estas tierras, y los sucios humanoides de Kebash volverán a tener argollas sobre sus cuellos y…

Alice y
Ngo-Nao
se miraron entre sí.

—¿Lo estás grabando? —inquirió Alice quedamente.

—Claro que sí. Esta arenga significa complicaciones y al comandante no le va a gustar ni pizca.

—Dios, estas gentes están sumidas en las supersticiones más infames. Pero aún no consigo situarme en el contexto religioso que parece dominarlos.

—Es sencillo, Alice. Al parecer esos sacerdotes infundían unos dogmas que ahora están cambiando, a la vista de la nueva situación.

—Muy inteligentes. Al parecer la clase dirigente, política o religiosa, no es tan estúpida como el pueblo.

—Han debido hacer un pueblo estúpido, maleable —gruñó
Ngo-Nao
.

Callaron porque la voz estentórea del sumo sacerdote adquirió

mayor énfasis al añadir:

—No oigáis a los malditos renegados, a los infieles ni a los traidores sacerdotes que han desertado de nuestras filas. Sabed, gente de Ammo, que algunos acólitos míos están propalando aún falsedades. Pero serán castigados pronto. Ahora id a vuestras casas y estad siempre atentos a las órdenes de vuestro jefe y a los consejos de los servidores del Culto. Salid, salid cantando alabanzas a nuestro dios Uoroth.

Del fondo del templo surgieron unas voces que entonaron un cántico religioso. Lentamente, los hombres y mujeres que llenaban las salas del edificio empezaron a seguir las estrofas. Al principio lo hicieron con titubeos, pero luego adquirieron firmeza y las voces, estridentes y desafinadas, plagaron hasta el último rincón del templo con los cantos y se propalaron hasta la plaza.

Alice hizo una señal a
Ngo-Nao
para que salieran. Les costó algún esfuerzo abrirse paso entre la remolona multitud. En el exterior la presión no era tanta y respiraron más aliviados. Entonces notaron que la atmósfera dentro del templo les estuvo resultando agobiante.

—¿Qué sucede allí? —preguntó
Ngo-Nao
, señalando una aglomeración al otro lado de los puestos del mercado.

Se dirigieron hacia aquel lugar. Alguien se había subido a un carro de heno y estaba hablando a las gentes que había conseguido congregar a su alrededor. Vestía un hábito negro y su rostro estaba desencajado mientras hablaba.

—Ése ya no es nuestro templo, fieles de Uoroth. Ahora el jefe es el causante de herejía. Ha convertido el Culto en algo indigno, que sólo le sirve a él. ¡No debemos regresar al pasado! La leyenda es funesta y sólo traerá desgracias a nuestro pueblo. ¿Por qué ahora nos dicen que del lejano espacio pueden venirnos grandes bienes cuando siempre hemos pregonado todo lo contrario?

Consiguieron acercarse y vieron que el sacerdote era de mediana edad. A su lado había otro muy joven, y junto a él un anciano que vestía ropas oscuras y llevaba sobre sus hombros una capa azul. Este último miraba con temor por encima de quienes escuchaban al

orador. Algunas personas asentían en silencio y otras murmuraban confundidas.

Alguien exclamó:

—El jefe dice que con la ayuda de los seres de esa luz, que es un barco para surcar las estrellas, lograremos vencer a los bastardos humanoides.

—¡No! —Rugió el orador—. Eso es falso. ¿Qué más pruebas queréis para comprender que la presencia de la luz sólo traerá desgracias que esta división que ha causado entre nosotros? El sumo sacerdote ha blasfemado y sólo yo y otros compañeros nos hemos atrevido a desobedecerle. ¡Pero ahí no terminan las desgracias! —Dirigió una mirada furibunda al joven acólito y al anciano—. También otros piensan de forma extraña. Y es ese viejo quien ha traído la confusión incluso a los ortodoxos del Culto. Ese anciano que se llama Eranta, escapado del castillo del Amo, ¡y que hasta que yo le eché de este carro estaba filosofando patrañas para vosotros!

El anciano avanzó un paso y dijo con voz nebulosa:

—Estáis todos equivocados. Ese viejo sacerdote que dice ser fiel al Culto ortodoxo y el sumo sacerdote que ha estado hablando en el templo no son los poseedores de la verdad. Lo cierto es que…

—¿Lo estáis viendo, ammonitas? —Exclamó el religioso del carro—. ¿Hasta cuándo vamos a estar escuchando más herejías? ¡Acabemos con los infieles! Primero con éstos y luego con todos los demás.

Algunas manos furiosas se adelantaron hacia el anciano y el joven. En aquel momento sonaron recias pisadas y alguien gritó que se acercaban los soldados.

Se produjeron silbidos y unas largas flechas se hundieron en el pecho del exaltado orador, que cayó del carro al suelo de la plaza. Las gentes empezaron a huir despavoridas y los soldados siguieron avanzando, repartiendo golpes con el plano de las espadas. Pero en alguna ocasión golpearon con el filo y surgió la primera sangre.

—Matad a ese acólito —gritó un oficial, señalándolo con su espada—. ¡Y al viejo traidor también!

—Vámonos de aquí, Alice —dijo
Ngo-Nao
.

—Un momento…

—¿Otra vez? —Gimió el capitán, viendo cómo su compañera corría hacia el anciano, que se había quedado inmovilizado, y lo apartaba de las personas que corrían asustadas ante la proximidad de los soldados—. Demonio de chica. ¿Por qué le gusta tanto meterse donde no la llaman?

Pero corrió hacia ella y se interpuso cuando un soldado levantaba su espada sobre el anciano. De un golpe bajo lo derribó. Entonces sintió un golpe en el costado. Se volvió y se enfrentó a otro guerrero que acababa de asestarle un mandoble.
Ngo-Nao
dobló las piernas a causa del dolor. Su agresor alzó de nuevo la espada, pero esta vez parecía apuntarle con el filo, mientras sonreía sádicamente.

El joven sacerdote estrelló una vasija de barro en el casco del soldado. Éste, conmocionado, se estaba volviendo contra él cuando de un puñetazo lo tumbó.
Ngo-Nao
resopló y sonrió a quien le había ayudado.

—Buen golpe, chico. ¿De veras eres un pacífico sacerdote?

Pero no pudo obtener una respuesta porque otro grupo de soldados llegaba corriendo. La confusión en la plaza era enorme. La gente huía llena de temor ante la dureza de los grupos armados, que parecían surgir de todas partes.

Vio a Alice correr hacia las calles cercanas, tirando del viejo al que había agarrado de una mano. Intentó ir detrás de ella, cuando unos soldados aparecieron detrás de unos puestos de frutas, que derribaron con ímpetu. Se interpusieron, y
Ngo-Nao
no tuvo más remedio que tomar otro camino. Perdió de vista al joven sacerdote y se vio arrastrado por una marea humana que corría mientras chillaba. Un pelotón la hostigaba desde un lado; ahora usaban porras y los soldados parecían cada vez más enfurecidos.

—¡Ése! —Escuchó que gritaba un oficial, señalándolo con un dedo acusador—. Cogedme a ese tipo y atravesadlo.

De pronto
Ngo-Nao
se vio rodeado de soldados. Resopló y sacó su pistola. Ante la visión

del brillante acero, el cerco retrocedió un poco. El oficial gritó:

—¡Es un infiel! ¡Encima de todo, un infiel! Vamos, cogedle, pero vivo.

Un círculo de lanzas se fue cerrando alrededor de Ngo-Nao. El capitán colocó al mínimo la potencia de su pistola. No quería matar a nadie mientras pudiese. Pensó que con sólo aturdir a varios podría lograr un hueco por el que huir.

Estaba levantando la pistola cuando percibió un silbido. Algo pasó veloz cerca de su cara. Antes que pudiera reaccionar, un objeto duro le dio en el pecho. A continuación, otro le golpeó en la cara. Eran esferas de goma dura. Entonces fueron varios los impactos y uno de ellos le dejó medio inconsciente.

Todavía no había caído al suelo cuando varios soldados cayeron sobre él y le inmovilizaron.

CAPÍTULO V

El anciano estaba sentado sobre una piedra al borde del camino. Todavía jadeaba después de la precipitada huida que les había conducido hasta los arrabales de la ciudad.

Alice, con las manos en jarras, se volvió hacia él.

—Estoy preocupada por mi amigo.

—Oh, habrá escapado por el lado contrario de la plaza. Seguramente estará en las llanuras, todavía corriendo.

La capitana meneó la cabeza. Algo le habría ocurrido a Ngo-Nao. Había intentado comunicarse con él y el transmisor había permanecido en silencio, sin obtener respuesta.

Pateó furiosa un guijarro. No lamentaba haber salvado al viejo de la furiosa acometida de los soldados, pero sí se recriminaba haber perdido de vista a su compañero. Tal vez Ngo-Nao hubiera podido salvarse si ella acudía en su ayuda oportunamente.

Estaban detrás de un pequeño bosque. Al otro lado, apenas a un kilómetro, comenzaba la ciudad. Vio acercarse una figura y torció el gesto al reconocerlo. Era el joven sacerdote. El viejo, al verlo, sonrió un poco y se levantó. Agitó la mano para llamar su atención. Dijo a Alice:

—Puedes confiar en Rugando. ¡Eh, Rugando!

El joven se levantó las faldas de su túnica y corrió hacia ellos. Se detuvo delante de la mujer, rehuyó su mirada pero le dijo:

—He venido corriendo para decirte que tu amigo ha sido detenido y llevado al castillo. Lo siento mucho. Sé que os debo la vida.

—Entonces peligra. Debo ir a ayudarle.

—No seas loca. Nadie puede entrar en el castillo, donde vive el jefe —dijo Rugando—. Pero no debes temer nada. Lo cogieron vivo

y por el momento no debes preocuparte por su vida.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Los soldados lo apresaron con vida porque pensaron que es un infiel.

—¿Porque llevaba un arma?

—Sí, creo que sí —entonces Rugando miró ceñudamente a Alice—. ¿Tú también eres una infiel?

—Dejemos eso. —Se volvió hacia el viejo—. ¿Quién eres tú, anciano?

—Me llamo Eranta y hasta ayer estuve bajo el servicio del jefe.

—Es verdad —añadió el joven—. Cuando apareció la luz cundió el desconcierto en los miembros del Culto y yo me hallaba sumido en un mar de dudas, sin decidir si unirme a la mayoría que obedece al sumo sacerdote, es decir al jefe, o ponerme de parte de los que pregonan conservar los viejos dogmas que repudian la leyenda. Pero al hablarme Eranta opté por una tercera vía.

—¿Qué vía es ésa, Eranta?

—Para ser mujer demuestras mucha inteligencia —le murmuró Eranta—. Eres extraña. Posees personalidad e irradias una rara atracción. Tal vez no seas siquiera una infiel, pero te diré que el jefe me pidió ayuda y para ayudarme en los estudios que quería hiciera para él, me mostró viejos libros, que debieron haber sido destruidos hace años. Leí algunos durante una larga noche y encontré un volumen muy especial. En realidad era un resumen de la historia de este mundo durante los últimos siglos. ¡Algo asombroso se mostró a mis cansados ojos esa noche!

»No pude dormir ya y escapé del castillo. El jefe ordenó mi captura y yo me refugié en una logia de disidentes del sumo sacerdote. No me creyeron, pero Rugando me dedicó su atención y logré convencerle.

Rugando dijo:

—Admito que tuvo que enseñarme el libro para que yo terminara de creer en sus extrañas revelaciones. Esta mañana no pude contenerme y empecé a hablar en la plaza. Cuando comenzó la ceremonia convocada por el jefe y que apoyaban casi todos los miembros del Culto, de nuevo me dirigí a los que no pudieron entrar en el templo, hasta que ese ortodoxo me echó del carro y empezó a soliviantar a la ya desorientada multitud. Luego ya sabes

lo que pasó.

Alice miró al anciano.

—Me gustaría que me dieras ese libro para leerlo, Eranta.

Lo tomó cuando el anciano lo sacó de su bolsa y comprobó que se trataba de un ejemplar tradicional, muy viejo. Estaba escrito en galacto y calculó que había sido impreso hacía más de cinco siglos, poco tiempo después que el Imperio dejase de mantener contacto con sus vastas posesiones.

—¿Qué hay de Kebash? ¿También allí hay supersticiones e igualmente se ha sumido a la población en la ignorancia?

—Oh, no. Los kebashitas siempre han sido muy liberales al respecto. Pero ellos no pudieron recabar los libros antiguos y los registros que había en Ammo. Claro que casi todos fueron destruidos por los sucesivos jefes; fue una verdadera sorpresa para mí cuando Hamerlo me mostró lo que tenía escondido.

—Es natural. El hecho de que él mantenga una situación falsa porque le interesa no quiere decir que le guste ser un ignorante —miró hacia el este—. Creo que me gustaría ir a Kebash.

—Sería peligroso.

—Más peligroso será quedarse por aquí. Y os aconsejo que vengáis conmigo.

El joven sacerdote asintió con vigor.

—Yo te acompañaré. Los kebashitas nos recibirán bien —arrugó el ceño—. Bueno, eso es lo que espero.

—Mis huesos son demasiado viejos para tan largo viaje. Creo que buscaré refugio entre los infieles.

—¿Los conoces?

—Sí. Algunos son mis amigos. Pero es una peligrosa amistad. En cambio ahora, después de lo sucedido, me brindarán refugio.

—Tal vez algún día te busque para que me los presentes, viejo. Ahora esperad un momento.

Alice se alejó de los dos hombres. Cuando estuvo a una distancia a la que calculó que no podrían oírla, conectó su transmisor.

—Teniente Potter —dijo, cuando recibió la señal de que era escuchada—. He perdido contacto con el capitán
Ngo-Nao
en la ciudad de Ammo. Voy a regresar a ella para buscarle. Si está en peligro lo comunicaré para que enviéis ayuda. Si compruebo que

no hay tiempo actuaré por mi cuenta.
Ngo-Nao
puede correr peligro si es acusado por estos bárbaros de infiel o algo parecido.

—Capitana Cooper, tengo instrucciones precisas de retransmitir al comandante cualquier incidente que os ocurra.

—Aguarda un poco. Tú puedes localizar al capitán
Ngo-Nao
enviando un ojo espía. Debe estar en algún lugar del castillo que domina la ciudad. Asegúrate cómo está antes de informar a Glent.

—Lo intentaré. Pero si no consigo nada positivo en un par de horas tendré que llamar al Altea. ¿Qué tal van las cosas por ahí abajo? Recuerda, capitana, que debes acudir a la cita dentro de dos días y medio…

—No lo olvido. Pero ahora es cuando empiezo a comprender lo que pasa en este planeta. Hasta la vista, teniente. Llámame tan pronto como sepas algo de
Ngo-Nao
.

Cerró el contacto y regresó con sus nuevos compañeros. Se sentó al lado del anciano y frente al joven clérigo.

—Bien —dijo—. Esperemos.

Charlaron de asuntos triviales. Alice no quería demostrar tal interés por los asuntos locales que pusiesen al descubierto su ignorancia, lo cual despertaría sospechas.

Cuando percibió, al cabo de más de una hora, la pulsación que significaba que el teniente Potter quería comunicarse con ella, se separó de nuevo alegando una necesidad perentoria. Detrás de unos arbustos, pulso el receptor y la voz de Potter surgió, diciéndole:

—Capitana, buenas noticias.
Ngo-Nao
está bien. Tengo un ojo-espía siguiéndole en todo momento. Está en el castillo, bien alojado. Ahora habla con un tipo, al parecer importante. Creo que es el mandamás de la ciudad.

—Debe ser el jefe Hamerlo. ¿Qué dicen?

—No puedo captarlo. La estancia dispone de mucha luz y he tenido que situar el ojo espía fuera de una ventana. Pero deduzco que el capitán está haciendo revelaciones importantes al jefe de

Ammo.

—¿Es que le está diciendo…?

—Creo que sí. ¿Qué piensas hacer?

—Mejor que no te lo diga, teniente. Así tendrás menos problemas con el comandante. Te llamaré en otra ocasión. No dejes de vigilar a
Ngo-Nao
. Ahora estoy más tranquila.

Cortó el contacto, dejando a media frase al teniente, que había iniciado una sarta de protestas. Regresó con sus nuevos amigos y les dijo:

—Me marcho a Ammo.

—Pueden impedirte entrar —protestó el viejo—. No tienes aspecto de comerciante. Y sólo los comerciantes son bien mirados allí…

Ella mostró el emblema que le había entregado el guerrero Ebaka. El viejo pareció reconocerlo y abrió la boca con sorpresa.

—¿Quién eres tú realmente, mujer? —preguntó con desconfianza.

Alice señaló hacia el cielo. A pesar de que aún no había oscurecido, era visible la luz que era la Unex Altea.

—Vengo de allí, anciano.

CAPÍTULO VI

Ngo-Nao se tranquilizó cuando, después de intercambiar las primeras palabras, se percató de que el hombre llamado Hamerlo poseía una inteligencia superior a la que hasta entonces había constatado como nivel medio en el pueblo ammonita.

El capitán del Orden Estelar había sido conducido a las mazmorras del castillo directamente desde la plaza. A la vista de una tenebrosa sala de torturas se quedó impresionado. Antes le habían quitado todas sus pertenencias y dejado desnudo a manos de unos terroríficos verdugos.

Entonces gritó que debía ver a quien mandase allí. Cuando ya era conducido a una mesa de madera llena de sangre seca, un guerrero llegó a la sala de torturas y dijo que el prisionero debía ser conducido inmediatamente a la presencia del jefe.

Le devolvieron sus ropas y fue llevado hasta los pisos superiores a través de unas escaleras tortuosas, que luego se trocaron en otras más amplias y con escalones de mármol.

Los soldados le hicieron entrar en una sala lujosamente decorada con tapices y panoplias. Al fondo ardía una chimenea y delante de ella estaba sentado, detrás de una mesa de madera bruñida, el hombre que ya había conocido poco antes en la ceremonia del templo y que parecía ser la máxima autoridad en Ammo.

Sobre la mesa de madera estaban las pertenencias de Ngo-Nao. El capitán comprendió que gracias a ellas había salido a tiempo de los sótanos del castillo y de las garras de los verdugos. Cuando los comunicadores y armas que llevaba le habían sido entregados al jefe, éste reclamó inmediatamente su presencia. Aquel hombre llamado Hamerlo había comprendido que el dueño de tales objetos no podía ser un hombre corriente. Ni siquiera la presencia de un

arma indicaba que se trataba de un vulgar infiel, es decir, un hombre apegado a las viejas costumbres que durante años el Culto había desterrado del pueblo.

Hamerlo despidió a los soldados con un gesto imperioso. Cuando las puertas se cerraron, dijo a
Ngo-Nao
:

—Una pistola láser, un comunicador, píldoras alimenticias y concentrados de agua. Tal vez estas tabletas sean medicinas. No estoy seguro. También hay otras cosas que no conozco, pero pienso que son útiles para tu supervivencia en un medio hostil.

Levantó la cabeza altanero hacia el capitán e inquirió:

—¿Me equivoco?

—De ninguna manera, señor. Y me satisface encontrar alguien que tenga la suficiente lucidez para admitir sencillamente que yo no pertenezco a este mundo.

Hamerlo resopló y tomó el láser con sus manos. Lo manejó con cuidado, siempre cuidando de no tocar el disparador. También mantuvo una prudencial distancia con el prisionero.

—Creí que intentarías mantener una falsa postura.

—¿Habría valido de algo, señor?

—No, desde luego. Si hubieras negado la verdad te habría devuelto a los verdugos.

—Eso pensé. Sería sufrir inútilmente. Además, estaba intentando decir a sus brutos de abajo que no debían tocarme un solo cabello sin antes hablarle.

—Has tenido suerte de que mis hombres me trajeran estas cosas. Ante ellas he pensado que tú procedes de ese navío que apareció en nuestro cielo hace unos días.
Ngo-Nao
se humedeció los labios. Hamerlo pareció adivinar su estado de ánimo y le ofreció una copa de vino, que el capitán aceptó rápidamente. Después de saciar su sed, dijo:

—Admito mi sorpresa ante sus deducciones, señor. El poco tiempo que llevo en Leina me ha demostrado que sus habitantes son unos ignorantes.

—¿Leina? —Hamerlo arrugó el ceño. De pronto sonrió—. Ah, sí. Ése era el viejo nombre de este planeta, allá por los tiempos del

Gran Imperio.

—Sabe usted mucho.

—No tanto. ¿Cómo se llama usted?

—Ngo-Nao. Capitán

Ngo-Nao

. Y como ahora me preguntará cuál es la nave y nuestras intenciones, le diré sin más que su nombre es Unex Altea y procede de la Tierra. Pertenecemos al Orden Estelar.

Los ojos de Hamerlo se achicaron.

—La Tierra. El nombre más pronunciado en la leyenda. La mitológica Tierra, donde se creó el Gran Imperio que dominó durante milenios la Galaxia. —Esbozó una sonrisa irónica—. Creí que al fin había sido borrado del espacio ese viejo planeta.

—Pues aún existe y otra vez allí se creó algo que se extiende por la Galaxia, señor. Pero esta vez los métodos son distintos. Nosotros no invadimos mundos para dominarlos por la fuerza y explotarlos. Nuestras naves, aunque armadas, recorren los viejos espacios buscando los antiguos planetas que una vez pertenecieron al Gran Imperio. Les anunciamos nuestra presencia y proponemos la posibilidad de recibir ayuda e integrarse, cuando lo deseen, a las leyes y códigos del Orden.

El jefe se sirvió una copa de vino y miró de soslayo al capitán.

—¿Así de sencillo? ¿Sin ningún atisbo de aviesa intención?

—Ninguno, señor.

—¿Por qué se disfrazó usted?

—Fui enviado a la superficie por mi comandante para terminar de investigar la verdadera situación de Leina. De todas formas, aunque yo estoy precipitando ese momento, estaba previsto darnos a conocer en breve.

—Mis antecesores hicieron olvidar a mi pueblo lo que sucedió. Quiero decir, la muerte del Gran Imperio y el consiguiente aislamiento en que se vio sumido. Creo que lo hicieron para no despertar nostalgias y conservar lo que aún poseían. Ellos se quedaron sin naves estelares y sin posibilidad de viajar a los más cercanos planetas. ¿Comprende la situación?

—No mucho, señor —admitió el capitán.

—Es igual. —Hamerlo se sentó detrás de la mesa. Bebía sin dejar de jugar con el láser—. Ciertamente, mis sacerdotes y yo

conseguiremos que el pueblo les reciba con alegría. ¿Podré prometer a Ammo que ustedes traen consigo el bienestar y todas las cosas que hacen felices a los hombres? Hace más de cinco siglos que nuestros vehículos dejaron de funcionar y nuestras reservas de energía nos sumieron en la oscuridad al agotarse. En este mundo no hay minerales fusionables y…

—Yo no puedo prometer nada, señor; pero basándome en precedentes acercamientos a Mundos Olvidados, puedo afirmar que cierta felicidad llegará con la presencia del Orden Estelar.

—Dígame qué condiciones básicas exigen ustedes. En estos casos siempre se exige algo, ¿no?

—No pedimos nada a cambio. Tenemos nuestro Código y a él hemos de ajustarnos. También ustedes deberán hacerlo, por supuesto.

Hamerlo entornó los ojos.

—Sus palabras son increíbles,
Ngo-Nao
. Los remotos conocimientos que conservo de los pasados tiempos imperiales son tan distintos… El Gran Imperio era cruel, y dominaba la Galaxia mediante la fuerza de sus flotas de guerra. ¿Es que las cosas ya no son así? ¿Existe la paz en el Universo?

—No he dicho tal cosa. Aún existen guerras, pero localizadas en pequeñas zonas galácticas. Incluso el Orden ha tenido que mantener varias, pero nunca las provocó. En realidad, nuestro Código se basa en que ningún planeta sea integrado en nuestra organización si no es por su propia voluntad.

—Muy honesto, al parecer. ¿Quiere decir que no se interfiere en los asuntos locales y que el poder establecido es respetado?

—Así es, siempre que este poder sea apoyado por el pueblo. Naturalmente, respetamos las oligarquías. Fundamentalmente queremos que los mundos que se nos unan lo hagan voluntariamente. Posteriormente confiamos que con la abundancia y una educación acelerada, los sistemas gubernamentales puedan ser mejorados.

—Me gustaría que usted me hiciera una síntesis de lo que ha pasado en la Galaxia, capitán.

—Lo haré con gusto, señor. Por cierto, me gustaría comunicarme con mis superiores. Debo decirles que estoy bien. Ahí hay un

aparato que…

—Lo hará luego, capitán. Ahora le escucho.

Ngo-Nao
asintió. Suponía que el comandante Glent comprendería que no había tenido otra alternativa que precipitar un poco los acontecimientos y darse a conocer a la primera autoridad de Ammo. Aquel tipo era inteligente, no había duda; pero
Ngo-Nao
también había comprendido que su astucia estaba cubierta por una gruesa capa de ambición y desconfianza.

Sin esperar a ser invitado, tomó asiento al otro lado de la mesa. Bebió otro poco de aquel vino de agradable paladar y dijo:

—Bien, señor. Le haré una resumida historia. Confío que luego usted me informe extensamente de la situación en Leina. Estoy preocupado por las tirantes relaciones de este pueblo, de descendientes imperialistas, con Kebash, formado por los humanoides nativos.

* * *

Alice gastó algo de su oro en adquirir tres caballos. Eranta agradeció el regalo y en la primera desviación del camino se despidió de ellos.

Durante el último descanso, Alice había leído lo más importante del libro robado de la biblioteca del jefe Hamerlo. De mala gana se lo devolvió a Eranta, ya que éste no quería desprenderse de lo que consideraba una valiosa prueba.

—Llegaremos a mediodía a la capital de Kebash —aseguró el joven sacerdote. Se había desprendido de sus hábitos y vestía ropas corrientes que le compró Alice en una aldea.

Ella no preguntó si su religión le obligaba al celibato, pero Rugando no la molestó en toda la noche, pese a compartir ambos la misma habitación. Pensó que desde que el joven y Eranta sabían que ella era una viajera de las estrellas debían considerarla como algo muy superior, distante y enigmático al mismo tiempo.

A la vista de la ciudad, Alice tomó el comunicador y se puso en contacto con el teniente Potter.

—Hola, capitana. Tengo noticias. —La voz del teniente se tornó molesta—. ¿Por qué has tardado tanto en hablarme? ¿Sabes que he

estado toda la noche anterior intentando comunicarme contigo?

—Lo siento. Quería dormir y desconecté sin darme cuenta el avisador. ¿Tienes noticias de Ngo-Nao?

Alice miró de reojo al joven. El religioso miraba asombrado el pequeño comunicador que ella sostenía cerca de los labios. Seguramente aquel juego podía parecerle algo pecaminoso. Sonrió y prestó atención a la respuesta de Potter.

—Hablé con el capitán Ngo-Nao. Ahora es huésped del jefe Hamerlo de Ammo, quien le ha devuelto sus pertenencias y, por supuesto, el comunicador. Se lo quitaron y por eso no pude establecer comunicación con él. Al parecer las cosas no le van mal. Aunque la situación en Ammo es en cierto modo confusa, Ngo-Nao recibe toda clase de consideraciones. El jefe no ha dicho a todo el mundo quién es su invitado, pero lo hará público cuando Ngo-Nao regrese a la cita conmigo. Por cierto, Alice, recuerda que tú también debes estar dispuesta para regresar al Altea exactamente mañana al atardecer. Te recogeré a la hora prevista.

—Son buenas noticias, Potter —asintió Alice—. Confío que yo pueda tener tan buena suerte en Kebash como al final la ha tenido Ngo-Nao.

—Él te envía sus saludos y te echa de menos —rió Potter—. Lo tienes chiflado, capitana, según parece. El comandante ya sabe adónde te diriges. Se puso furioso al principio, pero logré calmarle un poco cuando le aseguré que entre tú y Ngo-Nao vais a conseguir más datos acerca de ese planeta que los previstos inicialmente.

—Gracias, Potter. Eres un encanto. —Cortó y dijo a Rugando—: Sigamos. Todo va bien.

Bajaron la ladera y entraron en el camino que conducía a la ciudad. Desde aquella altura, Alice pudo contemplarla. Era una urbe

extendida en la llanura, con un ancho río atravesándola. Estaba amurallada, pero el crecimiento había desbordado el recinto y ya se veían nuevos barrios fuera del anillo de piedra.

—Es una ciudad hermosa —dijo Alice—. Su aspecto es mucho mejor que el de la ciudad de Ammo.

—Tengo que reconocer que es así —admitió el joven con un gruñido—. Los kebashitas han actuado siempre sin prejuicios religiosos y todo lo que era rechazado en Ammo por sacrílego ellos lo usaban en su provecho.

Alice recordó parte de lo que había leído en el libro. En realidad era un resumen de lo sucedido en Leina a raíz de que las comunicaciones con la Galaxia fueron suspendidas al derrumbarse el poder imperial.

En Leina había existido una oligarquía imperial que sometió a la población nativa, obligándola a trabajar para ellos, a cazar mutantes, arrancarles la valiosa piel, curarla y luego prepararla para enviarla a los ricos planetas del Gran Imperio, que pagaban fabulosas sumas por ella. El delegado del emperador no dudó en esclavizar a los nativos. En cierto modo redujo su población, pero de todas formas seguían siendo mucho más numerosos que los dominadores.

Cuando se vieron aislados no pudieron evitar que los kebashitas se rebelasen, al faltarles armas y energía para mover sus vehículos aéreos y terrestres. Los rebeldes consiguieron expulsar a los ammonitas —palabra derivada de «amos»— de la ciudad principal. Tuvieron que emigrar a otra región y allí construir una nueva urbe, que con el paso del tiempo sería la ciudad de Ammo.

Durante siglos las dos comunidades sostuvieron guerras intermitentes. Terminaron aceptándose una a la otra, intercalándose los períodos de guerra total con los de una extraña paz. En realidad los dos pueblos comerciaban intensamente cuando no tomaban las armas.

Los kebashitas eran dueños de las mejores tierras y además se quedaron con la ciudad; pero no con todos los tesoros, consistentes en registros y bibliotecas, que los ammonitas se llevaron en su éxodo.

El libro explicaba que la razón por la cual los ammonitas se habían sumido en la más completa ignorancia se debía a que, para

evitar peligrosas nostalgias, idearon un plan. La población humana empezó a renegar contra sus dirigentes, culpándoles de su desdicha. Habían tenido que abandonar las comodidades de la anterior ciudad y ahora tenían que trabajar. Ya no poseían esclavos kebashitas que soportaran las labores más pesadas.

Las siguientes generaciones aún escuchaban de sus padres los relatos de los esplendorosos tiempos perdidos. Se habló de la leyenda. Los líderes de la nueva y desastrosa situación temieron una revuelta, lo que podía significar perder sus privilegios de mando y, por supuesto, de riquezas y bienestar mientras su pueblo malvivía en la miseria y las constantes guerras contra los kebashitas.

Entonces los jefes se valieron de los diseminados sacerdotes de las distintas ideologías y los unieron en el Culto, que acusaba a la leyenda y a todo lo antiguo de inmoral e infiel.

En pocos años consiguieron, por medio del temor y la represión, que las gentes, ya llamadas ammonitas, repudiasen la leyenda y considerasen sacrílegas todas las armas de fuego —que, por supuesto, ya se habían vuelto inservibles— y los nebulosos privilegios y comodidades que los más recalcitrantes —llamados infieles y a veces condenados a la hoguera— insistían en mentar.

Con el paso de los años se distorsionó el concepto real del entorno al planeta gracias a la acción del Culto y el apoyo de la autoridad del jefe. Todo lo que llegaba de más allá de las estrellas era malo, excepto el sol Uoroth, al cual se dedicó el dogma de la nueva religión.

Se quemaron los libros, registros y todo cuanto recordase la vieja época dorada, la gloriosa era imperial. Ya que no podían salir de Leina por carecer de naves deberían conformarse con lo que tenían y confiar que algún día consiguieran reducir de nuevo a los kebashitas a su anterior condición de esclavitud.

—Eh, dama Cooper —escuchó Alice que la llamaba Rugando y dejó sus meditaciones—. No olvide mostrar el emblema que le entregó aquel kebashita. Lo vamos a necesitar para poder entrar en la ciudad.

Alice asintió. Desde que entraron en territorio kebashita habían sido detenidos en varias ocasiones por patrullas armadas. Pero no se les acercaron en plan belicoso. A Alice le bastó con mostrar el emblema que le entregó Ebaka. Los soldados se apartaban

silenciosos y ellos podían seguir con su camino.

En la entrada de la ciudad, el centinela miró el emblema, abrió la boca y luego observó a los dos viajeros. Sus manos de seis dedos aferraron con fuerza la lanza en que parecía apoyarse y llamó al oficial de guardia.

Acudió un hombre alto, de brillante armadura de bronce bruñido. Al ver el emblema que llevaba la mujer, asintió y preguntó:

—¿Deseas ver al hombre que te dio eso, mujer?

Alice le miró consternada. No supo qué decir al principio. Se limitó a mover la cabeza afirmativamente. Entonces el oficial pidió su caballo y montó en él. Dijo:

—Seguidme.

Atravesaron la ciudad al trote, pero Alice tuvo ocasión de observarla detenidamente. Era una urbe agradable, limpia y de bien trazadas calles. Aunque éstas estaban bien concurridas, no existía el aturdimiento y griterío que tanto la desagradó en Ammo.

Alice comprobó que todos los kebashitas eran de porte altivo y bellos, tanto mujeres como hombres. Tuvo un recuerdo para Ebaka y sonrió. Si aquel oficial se había brindado a llevarle ante su presencia debía ser un personaje en la ciudad.

Pero cuando se detuvieron delante de un majestuoso edificio construido en metal y piedras magníficamente labradas, que en seguida Alice pensó debía datar de la época imperial, se dijo que tal vez había desestimado la importancia de Ebaka.

—¿Quién vive aquí, oficial? —preguntó Alice, desmontando del caballo una vez que hubieron entrado y detenido en un patio de armas.

Algunos lacayos acudieron prestos a hacerse cargo de las monturas. El oficial parpadeó confuso y dijo:

—¿No habéis dicho que deseáis ver a quien os entregó el emblema?

—Así es.

—Bien. Entonces todo es correcto. Ese emblema da derecho a quien lo posea a pedir audiencia al regidor de Kebash, a Ebaka.

Alice abrió la boca. Ebaka era el regidor de los kebashitas. Sonrió ligeramente, contenta, además de por volver a ver a Ebaka, porque su misión iba a verse enormemente facilitada.

—Un soldado ha corrido a comunicar al regidor tu presencia. No te he preguntado tu nombre, pero supongo que Ebaka sabrá de ti con sólo decirle que llevas su emblema particular —dijo el oficial, indicándoles el camino hacia el interior del palacio.

—Tal vez haya sido ésta la morada del virrey del emperador —murmuró Alice extasiada ante las estatuas, todas representativas de humanos, que flanqueaban el amplio pasillo por el que caminaban.

El oficial se volvió para mirarla y asintió.

—Así es. Pero muchas cosas de la ciudad fueron construidas por nuestros antepasados cuando alcanzaron la libertad.

Alice apretó los labios. ¡Qué diferencia entre los kebashitas y los estúpidos e ignorantes ammonitas! Incluso aquel oficial conocía, al parecer profundamente, la historia pasada de Leina.

Fueron introducidos en una estancia de proporciones medias, llena de muebles sencillos pero acogedores. Un hombre se levantó al entrar ellos y se dirigió con pasos rápidos hacia Alice.

Estrechó sus manos y la miró a los ojos. Ella, extasiada le sonrió.

—Celebro verte, hermosa —dijo Ebaka.

Alice notó cálidas las manos de Ebaka y se estremeció. Tenía cerca los labios del kebashita y sintió deseos de besarlos. Pero la presencia de una hermosa nativa la contuvo, e incluso la puso un poco nerviosa.

Ebaka pidió a Alice que le presentase a su compañero de viaje. Cuando la capitana lo hubo hecho, añadiendo sucintamente las circunstancias en que le conoció, el regidor llamó a la mujer y dijo haciendo las presentaciones:

—Es Zata.

No añadió nada más y Alice se quedó sin saber exactamente si Zata era mujer o amante de Ebaka. Discretamente, la mujer llamada Zata desapareció de la estancia. Pero por un instante Alice notó la mirada de ella fija en su nuca.

—¿Y tu compañero, ese hombre fuerte y moreno? —pregunto Ebaka, llevándola cogida de la mano hasta una larga butaca.

Alice respondió que estaba bien, aunque había pasado cierto peligro cuando Hamerlo lo hizo prisionero.

—Ngo-Nao es huésped de Hamerlo. Cuando mi compañero dijo al jefe de Ammo que era un viajero de las estrellas fue debidamente respetado.

Aquella revelación no inmutó a Ebaka. Se limitó a sonreír.

—Soy un estúpido. Cuando aquella tarde me salvaste de mis perseguidores con tu pistola, debí suponer que tú también procedes de las estrellas, tal como predecía la leyenda. Lo imaginé cuando al llegar la noche pensé en ti. Entonces me dije que tú no podías ser una simple infiel ammonita, sino algo más, más importante y de hermosa realidad.

—No te recrimines. Sé ahora que los disidentes ammonitas, los llamados infieles, suelen conservar pistolas desde los tiempos imperiales.

—Bah, pero casi ninguna funciona. Es como un símbolo para ellos.

—Vosotros siempre habéis creído en la leyenda, mientras que para los ammonitas es como mentar al diablo.

—Bueno, no la repudiamos; pero tampoco la hacemos un auto de fe —rió Ebaka—. También corren rumores de que los infieles de Kebash conocen el paradero del Depósito, y yo dudo que sea cierto.

—¿Qué es eso del Depósito? —Preguntó Alice frunciendo el ceño —. Al final del libro que me prestó Eranta había una leve referencia a ese Depósito, pero no era muy explícito.

—Bueno, se dice que el virrey mantenía una gran cantidad de armas en reserva, pero que la inesperada rebelión de mis antepasados le impidió tomarlas. Entones hizo detonar a distancia unos explosivos y cegó la entrada con millones de toneladas. Nadie es capaz de llegar a ese almacén. No es ningún secreto su emplazamiento, pero sí lo es, y también un misterio, su entrada oculta. Durante algún tiempo, ammonitas y kebashitas han intentado localizar la entrada misteriosa al Depósito, ya que éste se supone que está situado en una zona entre nuestras dos naciones.

»Por supuesto, quien consiguiera llegar a ese fabuloso sitio podría fácilmente vencer al contrario en poco más de un día. Pero yo confío en que sea una patraña y no una realidad.

—Pero si tú lograras tener acceso a las armas, tu pueblo sería el amo absoluto de este planeta —sugirió Alice.

—Oh, durante siglos los humanos dominaron y esclavizaron a mi raza. E incluso casi la exterminaron, porque se asustaron de su mayor número. Pero yo realmente no odio a los humanos. El Gran Imperio fue cruel, pero no todos los humanos eran crueles.

Inesperadamente para Alice, Ebaka tomó su mano derecha y llevándosela a los labios la besó delicadamente. El hombre, al notar la expresión de sorpresa de Alice soltó una carcajada.

La chica enrojeció súbitamente, pero secretamente acarició el lugar donde los labios de Ebaka se habían posado.

—Queremos vivir en paz, linda. Después de muchos siglos, mi pueblo está consiguiendo la felicidad. No nos importan los humanos, mientras se mantengan lejos. Nosotros somos muchos más que ellos y no nos asustarán —dijo Ebaka, terminando por reír.

—Pero los ammonitas están recelosos de Kebash.

—Seguro. Pero repito que nada tienen que temer. Si ellos quieren, pueden pedir ayuda a sus lejanos parientes y largarse de Leina. Ahora, querida Alice, quiero que tú me cuentes todo lo que en estos momentos el jefe Hamerlo debe saber por medio de tu compañero
Ngo-Nao
. Es lógico que no me encuentre en desventaja respecto de él, ¿no?

Alice parpadeó y dejó de observar tan fijamente al kebashita. Cruzo las manos y empezó a hablar.

* * *

La noche era deliciosamente templada y Alice salió al balcón del dormitorio que le habían asignado. Al joven Rugando le habían conducido a otro. Poco antes habían concluido una suculenta cena, a la que asistieron varios altos dignatarios kebashitas. Todos escucharon de boca de Ebaka la repetición de la historia que Alice le contara horas antes, durante su primera entrevista con el regidor.

Los kebashitas no emitieron ningún comentario, y Ebaka explicó a Alice que luego celebrarían un consejo para decidir la respuesta que debían dar al Orden Estelar acerca de las propuestas recibidas.

Escuchó un ruido de cortinas y se volvió. Ebaka entró en el dormitorio y la miró largamente.

—Estás muy bonita ahí, a la luz de las estrellas —dijo el regidor. Se acercó al balcón y miró hacia el cielo—. Veo tu nave, el vehículo que te ha trasladado hasta aquí desde el lejano planeta llamado Tierra —suspiró—. La Tierra. Es algo legendario. Y también temido por mis antepasados, porque siempre la asociaron con el funesto Gran Imperio.

Se aproximó a la balaustrada y ella le siguió en silencio.

—Pero tú dices que ha cambiado, que ahora es un lugar honesto y sus hombres son portadores de ideas nobles. Te creo —Ebaka se humedeció los labios y pareció dudar un poco—. Alice, quiero que me contestes a una pregunta. ¿Realmente tu comandante debe ajustarse a lo que registra vuestro Código y sólo bajar a este planeta si sus habitantes lo desean?

—Es cierto.

—Pero… ¿a quién harán caso? ¿A los ammonitas o a nosotros?

Ella negó con la cabeza.

—No lo sé. Eso deberá decidirlo provisionalmente el comandante y luego confirmarlo el Alto Mando del Orden según dictamen del Departamento de Planificación. Yo supongo que la respuesta debería ser unánime.

—¿Qué dice el jefe Hamerlo? Tú me has asegurado que en Ammo está
Ngo-Nao
y puedes comunicarte con él.

—He hablado con
Ngo-Nao
hace un instante —susurró Alice—. Hamerlo anunciará mañana a su pueblo que…

—Termina, por favor.

Alice rehuyó mirar directamente a los ojos de Ebaka.

—Sus sacerdotes y hombres de confianza están esparciendo por todos los dominios de Ammo que sus hermanos del espacio les darán… poder para recuperar los esplendorosos viejos tiempos.

—Creí que no querían hablar de los viejos tiempos, cuando nosotros los kebashitas fuimos sus esclavos.

—Al parecer la nueva situación les aconseja modificar sus dogmas religiosos en los que siempre se apoyaron para que el pueblo no les recriminase por la pérdida de épocas mejores —dijo Alice nerviosamente.

—Entonces, ¿los ammonitas dirán que sí al Orden, y aceptarán la integración de Leina a la Galaxia?

—Ngo-Nao dice que sí. Mañana debo irme, Ebaka. Una pequeña nave bajará a recogernos a los dos. Entonces informaremos a nuestro jefe de vuestras decisiones.

Ebaka asintió gravemente.

—Quieres decir que es preciso que te diga lo que quiere Kebash, ¿no?

—Sí. ¿No lo habéis decidido aún?

—Ya tenemos nuestra decisión. Pensaba decírtelo mañana… Pero si quieres oírla ahora…

Alice se acercó a Ebaka y le echó los brazos al cuello. Luego, muy despacio, como si quisiera prolongar aquel instante, acercó sus labios a los del hombre. Susurró algo, pero tan quedamente que Ebaka no la oyó.

El beso fue largo y prolongado, como si Alice pretendiera con él iniciar una larga y apasionada noche de amor, transmitiéndole en silencio a Ebaka que le amaba y debía tomarla.

Suavemente, pero con firmeza, Ebaka la separó de él. Su rostro no expresó ningún sentimiento, pero con amabilidad dijo:

—La respuesta debes conocerla ahora.

Ella parpadeó aturdida. No habló, y él añadió:

—Kebash no quiere que los humanos vuelvan. No expulsaremos a los ammonitas, pero si ellos quieren embarcar, que lo hagan. Resumiendo, queremos vivir solos. Ésa es nuestra respuesta. Alice, ¿sigues… sintiendo por mí cierto aprecio?

—Eso no cambia nada.

—Pero otras cosas sí. Lo siento —la voz de Ebaka sonó trémula —. Aún no conoces lo suficiente de Leina y de sus verdaderos habitantes, de nosotros los kebashitas.

—Pero…

—Hasta mañana. —Roncamente, Ebaka musitó, mientras se dirigía hacia la salida del dormitorio—: Sólo había venido a decirte la decisión tomada. Lamento si mis palabras pudieran sonarte groseras.

Alice quedó sola. Le temblaba la barbilla de rabia y despecho. Aspiró profundamente y cerró un instante los ojos. Pensó que debía sobreponerse a una desagradable circunstancia, olvidarla. Pero luego se preguntó si podría borrar de sus pensamientos a Ebaka.

CAPÍTULO VII

Ngo-Nao
hizo un guiño a Alice.

—Hola, amiga —dijo—. No hemos tenido muchas ocasiones para vernos desde que regresamos al Altea.

—Redactar mi informe me ha llevado tiempo —replicó Alice con aire ausente.

—¿Cómo es posible? A mí apenas me llevó unos minutos. ¿Qué te ha hecho trabajar tanto? ¿Acaso lo que viste en Kebash es tan diferente a lo que yo observé en Ammo?

—No lo dudes.

Estaban ambos aguardando la llegada del comandante Glent, sentados juntos en la primera fila. Allí se encontraban casi todos los demás oficiales de la Unex. Parecían contentos, como si presintieran que la misión estuviese a punto de concluir.

Se abrió una pequeña puerta y entró Glent. Su gesto era huraño. Se sentó detrás de su mesa y miró a los asistentes. Sus ceñudos ojos se posaron unos segundos en la figura de Alice. Luego carraspeó y extendió sobre la mesa unos cilindros plateados.

—He leído con detenimiento los informes presentados por los capitanes
Ngo-Nao
y Alice Cooper —dijo Glent—. Aunque la misión de ambos en la superficie no se ha desarrollado según los cánones habituales y siguiendo fielmente mis instrucciones, he de admitir que en estos tres días han conseguido óptimos resultados.

»Todos ustedes han recibido copias de los resultados de la misión, señores —dijo, dirigiéndose al resto de los oficiales. Movió uno de los cilindros—. Lo expuesto por los capitanes ha cerrado el expediente sobre Leina. La situación del planeta no es la más adecuada para un acercamiento. Las comunidades, humana y

humanoide, están divididas. Los segundos son más numerosos que los antiguos Imperialistas, quienes parecen no ser normalmente prolíficos. La nación llamada Ammo, regida por el jefe Hamerlo, nos acepta sin prejuicios. Aunque ha habido dificultades en el pueblo ammonita, legalmente el mando de Hamerlo es reconocible por el Orden. No debemos tener en cuenta a los disidentes llamados infieles, políticos o religiosos.

—Deduzco entonces que la otra comunidad no ha emitido una respuesta semejante —comentó la capitana Embah.

—Así es, lamentablemente —asintió el comandante—. La nación Kebash rechaza la presencia del Orden. Los antiguos esclavos de Leina, sus verdaderos nativos, no quieren la integración.

—Pero eso evitaría la guerra —dijo un capitán—. Sabemos que constantemente han mantenido guerras contra Ammo. La presencia del Orden impediría más guerras.

Glent suspiró desalentado.

—Parece ser que los kebashitas son astutos. E introvertidos en grado sumo. Ellos parecen confiar en que antes de pocos años, no más de un siglo, los últimos descendientes de sus amos imperialistas habrán desaparecido, incluso sin necesidad de combatirlos. Es más, creo que ahora confían que al negarse ellos los ammonitas se desesperen y nos soliciten que les saquemos de Leina.

—¿Es eso posible? Quiero decir, si el Código admite la posibilidad de evacuar una parte de la población autóctona que no esté de acuerdo con la decisión de la mayoría, que rechaza la presencia del Orden Estelar.

—Sí, es realizable —echó un vistazo a la capitana Cooper—. El informe de Kebash es extenso, muy detallado. Nuestra capitana se ha tomado su trabajo con gran celo. Aparte de notar en él cierta simpatía hacia los kebashitas, podemos considerarlo exacto y muy minucioso.

—Comandante, ¿qué podemos hacer ahora? —preguntó la capitana Embah.

El gesto de Glent era demostrativo de que se sentía vivamente enfadado.

—Esperar unos días, los reglamentarios, y si la parte que nos ha rechazado no reconsidera su postura, marcharnos. Habremos fracasado. Leina no será abierto y, empero, el Orden estará obligado

a proteger el deseo de aislamiento de los habitantes.

Alice carraspeó y dijo:

—Comandante, pienso que es innecesaria la espera. El regidor Ebaka y sus consejeros no cambiarán de parecer. Podemos marcharnos hoy mismo.

El comandante crispó las manos.

—Se hará como he dicho, capitana. Debemos apurar todos los medios. Pueden suceder cosas en Leina y que nuestro aparente fracaso se transforme en un éxito.

La reunión terminó tétricamente, después de que el comandante hiciera unas huecas manifestaciones.

Una vez a solas,
Ngo-Nao
dijo a Alice:

—Este segundo fracaso de Glent puede ser definitivo para su carrera.

—Pero la culpa no es suya…

—Es posible, pero lo sucedido alterará su estabilidad emocional y dudo que vuelvan a darle el mando de una Unex. Y no será por él y por lo sucedido aquí, sino porque él mismo se perderá.

Y dejó a Alice, quien quedó pensativa.

* * *

La muchacha se refugió en su camarote y de allí sólo salió para realizar su servicio en el puente de control. El teniente Potter también estaba de servicio, y le dijo:

—El comandante ha llamado a varios oficiales hace una hora, Cooper.

Alice frunció el ceño.

—¿Por qué no ha convocado a una reunión, como es preceptivo?

Potter se encogió de hombros.

—Sólo han asistido los que son de su confianza. Embah y otros, ya los conoces.

De nuevo se sorprendió cuando fue relevada inesperadamente. El oficial que ocupó su puesto le comunicó que debía presentarse de inmediato ante el comandante.

Glent la recibió en su despacho. Levantó la mirada de la mesa llena de gráficos y cilindros y la observó seriamente.

—He enviado al capitán
Ngo-Nao
a Ammo —dijo.

—¿Por qué, señor? —inquirió Alice abruptamente. Se percató que no estaba dirigiéndose correctamente a su superior y añadió, más tranquila—: Lógicamente, no deberíamos insistir con nuestras pretensiones en Ammo. La negativa está en Kebash.

—Escuche, capitana —dijo Glent—. Usted lleva poco tiempo en el servicio y desconoce lo que sucede con los Mundos Olvidados. Cada planeta que el Orden estelar quiere integrar en nuestra organización es un completo enigma, con imprevisibles resultados. No podemos regresar a la Tierra sin la conformidad de Leina.

»Leina fue famoso en tiempos del Imperio gracias a las pieles de mutantes que exportaba. Ammo ha sugerido, a través del jefe Hamerlo, que ellos pueden reemprender el envío a la Galaxia de pieles de mutantes. Con sus ventas podrían organizar una nación próspera, olvidándose para siempre de los orgullosos kebashitas.

—¡Comandante! No sé lo que está sugiriendo, pero…

—Escúcheme, capitana. Déjese de estupideces. Sólo necesitamos que Ammo sea fuerte, que los kebashitas sean arrojados de sus ciudades y carezcan de gobierno. Eso dejaría en manos de Hamerlo la única autoridad de Leina, siendo su sí suficiente…

—¿Qué pretende, comandante?

—Repasé su informe, Cooper. Es lo mejor que averiguó —dijo Glent, cogiendo un cilindro plateado—. En él habla del Depósito, ese almacén de armas de los tiempos del Imperio que nadie puede tomar. El Código nos impide entregar armas e interferir en los asuntos locales, pero ¿qué sucedería si por accidente la entrada de ese almacén oculta bajo miles de toneladas de rocas y piedras quedara al descubierto, y fuese Hamerlo quién llegase primero?

Alice miró horrorizada al comandante, como si no pudiera dar crédito a lo que escuchaba.

—¿Cómo piensa facilitar a Hamerlo el acceso al Depósito de armas?

—Ngo-Nao avisará al jefe para que conduzca sus guerreros al lugar adecuado. Allí esperarán sólo unas horas. Entonces uno de nuestros cazas bajará a Leina y disparará un láser concentrado, para que la entrada secreta quede al descubierto. Mis técnicos han

escudriñado la zona y saben dónde se encuentra el Depósito. Nadie podrá acusarnos de interferir en el planeta. Un accidente fortuito puede ocasionar que los ammonitas se apoderen de las viejas armas y en menos de dos días derriben el gobierno de Kebash.

—Pero eso… es horrible. Morirán miles de seres…

—Son humanoides, capitana; no lo olvide —dijo agriamente Glent.

—Son seres nobles, que han conservado la vieja capital del virrey y gozan de una vida placentera pese a que constantemente deben estar alerta para contener las incursiones salvajes de los ammonitas.

—Capitana, en su informe capté una profunda simpatía hacia Kebash y eso no es bueno para un oficial del Orden que…

—¡Lo horrendo es que un oficial esté planeando algo que nuestro Código repudia!

Glent, rojo de ira, saltó de la silla.

—No tolero su actitud, capitana. Sométase a mis órdenes. Quiero que usted tripule el caza que abrirá el camino a las huestes de Hamerlo.

Alice abrió la boca y estuvo a punto de gritar. Transcurrieron unos segundos y al cabo dijo:

—Está bien, señor. Partiré cuando usted lo disponga.

Glent la observó torvamente.

—Retírese a su camarote y espere allí mis órdenes, capitana.

* * *

Pero, según estimó Alice, la orden de partida se demoraba más de lo normal y por ello salió de su camarote, ofuscada. Se encontró con el teniente Potter, quien al verla exclamó:

—Capitana, me dirigía a buscarte. El comandante ha enviado a otro oficial con la misión que tenía pensado encomendarte.

—¿Quieres decir que ha desistido de que sea yo quien abra el camino a las huestes de Hamerlo?

—No sé lo que quieres decir, pero aquí hay algo que no me gusta. ¿Qué es lo que pasa?

Alice apretó los labios. Ahora comprendía que el comandante había cometido con ella un ligero error, al pensar que no iba a discutir su maniobra. Si no adoptaba las medidas oportunas, podía

acarrearle problemas si la oficial Cooper hablaba más de la cuenta al regresar a la Tierra.

—Simplemente, hay un loco al mando de esta nave. A toda costa quiere volver a la base pregonando que Leina ha decidido integrarse al sistema del Orden Estelar.

—Bueno, eso es lo que se está rumoreando, ¿no? Al parecer ha sucedido algo en la superficie que ha modificado la situación y posiblemente dentro de poco sólo existirá un elemento decisorio. Es decir, la comunidad humana. Y bien, Alice, ¿qué te importa a ti todo eso? Si algo se hace irregularmente, según el Código es asunto de nuestro comandante, de su exclusiva responsabilidad.

Alice pensó que tal vez pensase como Potter en otras circunstancias, pero ella sabía que allá abajo estaba Ebaka… y el pueblo kebashita, junto con su civilizado sistema de vida. Pero, sobre todo, Ebaka.

—¿Quién está de servicio? —preguntó.

—Embah.

—Esa arpía siempre está de acuerdo con Glent —movió la cabeza con duda—. Pero me extraña que Ngo-Nao haya aceptado dirigir a Hamerlo y sus gentes al punto que el comandante ha elegido para proporcionarles una entrada al Depósito y tomar las armas.

—No entiendo exactamente lo que dices, Alice; pero si insinúas que el comandante está maniobrando ilegalmente para regresar a la Tierra con un triunfo en sus manos al anexionar Leina… me parece horrible.

—Pues así es.

—En ese caso… ¿qué piensas hacer?

—Estoy segura de que Ngo-Nao no sabe lo que está a punto de hacer. Potter, tengo que bajar al planeta.

—Consigue un permiso y yo te llevaré. Dentro de unos minutos tengo que relevar a Cortez en la misión de vigilancia.

—¿Estás loco? El comandante no me dará el permiso.

—Entonces no veo la forma de que puedas acceder al hangar y entrar conmigo en el caza…

Ella asintió con vigor.

—Hay una forma. Espérame en la entrada del hangar dentro de quince minutos.

—Me vas a comprometer, Cooper. ¿Qué estás pensando hacer?

—No te preocupes por ti. Cuando me dejes en la superficie tú podrás volver y decir que yo te obligué. Y creo que es lo mejor que puedes hacer.

Potter asintió.

—Bien. Te esperaré. Sé que cuando decides una cosa no hay manera de hacerte pensar de otra forma.

* * *

Alice corrió por los pasillos, abordó diversos ascensores y en dos minutos entró violentamente en el despacho del comandante. Glent levantó furioso la mirada de unos documentos. Al ver que se trataba de Alice empezó a abrir la boca para censurarle su forma de irrumpir. Pero la cerró cuando se encontró con el negro cañón de un láser delante de la nariz.

—Comandante, no hay tiempo para discutir. Usted va a hacer lo que yo le diga o le perforo su sucia mente de un disparo.

—No esperaré a regresar a la Tierra para que sea arrojada al espacio, capitana —empezó a vociferar Glent—. Puedo condenarla a muerte ahora mismo y ejecutar la sentencia un minuto después.

—Es posible, pero ahora hará lo que yo le diga.

Antes que Glent empezase a protestar de nuevo, Alice disparó. El haz pasó a pocos centímetros de la cara del comandante y abrió un boquete en el panel detrás de él.

—El próximo se alojará entre sus ojos, comandante. Siéntese delante del comunicador y grabe lo que quiero. Luego le dejaré atado y esa orden será transmitida a los centinelas del hangar, automáticamente, dentro de cinco minutos.

Pálido, el comandante se levantó y se dirigió al sistema de comunicación. Alice le vigiló y comprobó que actuaba correctamente. Luego le hizo sentar en su sillón y le ató allí fuertemente.

—Aunque se esconda en el planeta no podrá evitar que la encuentre, capitana. Y entonces la mataré. Su insubordinación está penada con la muerte…

—Es posible, pero también yo considero que actúo correctamente. Si se atiene al Código, comandante, recordará que en él existe un apartado que permite a los oficiales impedir que el jefe de una Unex lo vulnere caprichosamente.

—Pero eso tendrá que probarlo. Y usted no regresará a la Tierra.

Alice se encogió de hombros. No tenía tiempo que perder. Al salir del despacho disparó contra la puerta de acero y soldó el cierre. Para entrar allí necesitarían mucho más tiempo que el que ella iba a precisar para alcanzar el hangar y salir de la nave a bordo del caza de Potter.

En la entrada del hangar el suboficial de servicio, al mando de cuatro soldados, trató de impedirle el paso. Al insistir Alice que ella obedecía órdenes directas del comandante, el hombre llamó a Glent.

Alice esperó impaciente y llena de intranquilidad, ya que el suboficial tardaría unos instantes en establecer contacto. Entonces en la pantalla visora apareció la grabación del comandante, que confirmó lo dicho por Alice.

—De acuerdo, capitana. Puede pasar. El teniente Potter está a punto de partir.

Alice se contuvo de echar a correr. Cruzó las pistas de los hangares y subió a la nave de Potter, quien la cerró cuando ella se sentó a su lado, delante de los mandos.

Potter sudaba ligeramente.

—No sé cómo lo has conseguido, pero te estás jugando el cuello. Bueno, allá vamos.

Alice sonrió y sólo cuando estaban cerca del planeta contó a Potter lo que había hecho con el comandante Glent.

—Te hará trizas cuando te encuentre —murmuró asustado.

—Tú verás lo que haces ahora —dijo Alice, mientras insertaba en el computador el lugar exacto donde quería que Potter descendiese—. Te aconsejo que regreses al Altea y digas que te obligué con un láser.

—Me horroriza pensar que te puedan lanzar al vacío, Alice —murmuró Potter—. Cuando me dirigía al hangar hablé con otros oficiales y noté en ellos cierto malestar. Creo que…

—¿Qué estás insinuando?

Potter sonrió misteriosamente.

—Nada. No puedo prometerte nada, pero lo que está haciendo Glent no me gusta. Y seguro que a otros tampoco.

* * *

Cuando Ebaka llegó hasta donde estaba Alice, la plateada nave se perdía ya entre las nubes. Tiró de las bridas de su caballo y sonrió a la chica, pero también se mostró un poco sorprendido.

—Alice —dijo Ebaka—. Ésta es una grata sorpresa.

Bajó del caballo y la estrechó entre sus brazos. Alice se sintió un poco defraudada porque no la besó, pero no dejó de sonreír y dijo:

—Me dirigía a tu ciudad cuando desde el caza descubrí la columna y al usar el telescopio vi que tú la encabezabas.

—¿Entonces me buscabas?

—Sí. ¿Adónde te diriges?

El rostro de Ebaka se ensombreció. Señaló hacia sus hombres, más de un millar, que se hallaban detenidos a un centenar de metros.

—Los kebashitas nos sentimos engañados, Alice.

—¿Porqué?

—En este planeta, al menos en esta región, las noticias corren mucho. Hace unas horas me dijeron que un hombre del Orden había llegado a Ammo diciendo a Hamerlo que debía reunir sus hombres para algo importante, que debían acudir a un lugar determinado.

—Ese hombre es
Ngo-Nao
y él no sabe realmente lo que está haciendo.

—¿Acaso es estúpido? ¿No sabe que ese lugar es exactamente dónde se supone que existe la entrada al Depósito, que fue cegada hace siglos?

—Ngo-Nao apenas conoce lo que significa ese Depósito.

—¿Quién es el culpable entonces de que nuestros enemigos ammonitas estén a punto de apoderarse de las armas con las que nos aniquilarán?

Alice bajó la cabeza.

—El comandante Glent, mi jefe. Quiere que Leina admita la ayuda del Orden, que se integre en la organización…

Ebaka abrió los brazos y exclamó:

—¿Integrarnos a la fuerza? Entonces… ¡es mentira todo lo que

me aseguraste que ofrecía y cumplía el Orden! Tú dijiste que el comandante Glent respetaría nuestra decisión de rehusar vuestra falsa ayuda…

—¡Y es cierto! Así actúa el Orden, pero Glent parece haber perdido la cabeza ante la posibilidad de volver fracasado a la Tierra, y está actuando de forma increíble para la categoría que ostenta.

—No puedo creerte ya —dijo Ebaka, abatido—. Otra nave bajó hace pocos minutos y lanzó una cegadora luz contra la entrada obstruida. Cientos de hombres de Hamerlo están retirando las últimas rocas. Dentro de poco penetrarán en el Depósito y será el fin de Kebash. Y si esto sucede, supongo que tu comandante podrá volver a la maldita Tierra diciendo que el único poder de Leina acepta la incorporación, ¿no?

—Desgraciadamente es así. Pero yo no estoy de acuerdo con la actuación del comandante.

—¿Cómo confiar ahora en tus palabras? —Escupió Ebaka.

—Nada más puedo decirte que tuve que enfrentarme con Glent y que éste enviará docenas de naves para capturarme. Me juzgará y la sentencia será de muerte inmediata por rebeldía. ¿Me crees ahora?

Ebaka la miró fijamente a los ojos.

—Por las horas de amor que hubiera podido tener contigo, quiero creerte, Alice. —Se volvió para mirar a sus silenciosos guerreros—. ¿Qué podemos hacer ahora?

Alice entornó los ojos. No había comprendido bien lo primero que dijo Ebaka. Pero no era el momento de pedirle una aclaración a la enigmática frase que hablaba de amor.

—¿Puedes impedir que Hamerlo tenga acceso al Depósito?

—Tal vez lleguemos a tiempo para impedírselo, pero ya habrá tomado posiciones y no podremos expulsarle de allí. Me han dicho que tiene movilizados a todos sus guerreros. Son más de tres mil. Tal vez cinco mil.

Alice miró a la columna.

—Creí que los kebashitas eran más numerosos que las gentes de Ammo.

—Y lo somos, pero nuestro ejército sólo está preparado para la defensa, no para realizar incursiones.

—Pero podéis hostigar a Hamerlo, ¿no? —Apenas asintió Ebaka,

Alice añadió ansiosa—: Voy a pedirte algo cruel, Ebaka. Debes atacar a los ammonitas, impedirles durante unas horas que entren en el Depósito.

—¿Servirá el sacrificio de muchos de mis guerreros para algo? —preguntó él.

—Es posible. No puedo asegurártelo. Puedo conseguir ayuda. Sólo necesito que me proporciones un par de caballos rápidos. En menos de una hora puedo llegar a Ammo. Pero es preciso que resistas combatiendo al menos cinco o seis horas.

—No te entiendo…

—En Ammo no todos son tan crueles y ambiciosos como Hamerlo. Este planeta puede conseguir vivir en paz, que las dos comunidades coexistan sin guerras ni recelos. Hamerlo y sus secuaces avivan el odio de su pueblo contra vosotros los kebashitas, pero existe un numeroso grupo de humanos que cree en la leyenda.

—¿Te refieres a aquellos que los sacerdotes del Culto llaman infieles?

—Sí. ¿El joven Rugando volvió con los suyos?

—Apenas tú te marchaste para acudir a la cita con la nave que debía llevarte a la Altea. ¿En qué puede ayudarnos ese joven imberbe?

—En más de lo que crees. Además, en Ammo conozco a un hombre sabio que desertó del lado de Hamerlo cuando descubrió la verdad. Está en contacto con los infieles y confío en conseguir su ayuda.

Ebaka quedóse pensativo unos instantes. Al cabo asintió con la cabeza y dijo:

—De acuerdo. No tengo otra alternativa que seguirte. Pediré dos caballos para ti. Confío en que no lucharemos en vano. De todas formas, íbamos a lanzarnos a un ataque suicida contra el ejército de Hamerlo. Creo, por lo tanto, más sensato disponer de un plan y de una esperanza para sobrevivir.

Mientras le acercaban dos caballos, Alice tomó la mano de Ebaka y le suplicó:

—Di a tus hombres que no disparen sus flechas contra el terrestre.

—Ngo-Nao —dijo Ebaka tensamente.

Alice sintió una pequeña alegría al creer descubrir en Ebaka una

ligera muestra de celos. Cogió las bridas del caballo y dijo, antes de lanzarlo al galope:

—Sí. Pero es sólo un amigo. Adiós, amor.

Sólo se volvió una vez para mirar a Ebaka, antes de alejarse de su vista definitivamente al descender una loma. El regidor de Kebash la saludaba con la mano.

* * *

Alice encontró casi desierta la ciudad de Ammo. No había guardias en las entradas y sólo vio algunas mujeres que se asomaban recelosas por la ventanas a su paso, atraídas por el resonar de los cascos de los dos cansados caballos sobre las romas piedras.

La chica se encontró en una plaza vacía. Del templo salían cánticos. Seguramente los sacerdotes rogaban a Uoroth para que protegiese al jefe Hamerlo, y que con la ayuda de los seres de las estrellas se alcanzase la definitiva victoria contra Kebash.

Se alejó de allí furiosa. Bajó del caballo y soltó al de reserva. Luego miró con desaliento las sucias y silenciosas callejuelas. No sabía dónde dirigirse. Y el tiempo apremiaba.

—Capitana —escuchó que le susurraban desde un portal.

Se volvió y casi gritó de alegría cuando vio salir a Rugando. No vestía sus hábitos del Culto, sino que lo hacía como un campesino. Se acercó a ella sonriendo ligeramente y mirando de vez en cuando con recelo hacia el fondo de la calle.

—¿Cómo te has atrevido a venir aquí? Tu compañero está lejos, ayudando a Hamerlo. Y dicen que le llevará al interior del Depósito. Ah, ahora el viejo y descreído Hamerlo confía en la leyenda, el bastardo.

Alice suspiró y emitió una sonrisa de alivio. Con el puño cerrado rozó el mentón del joven.

—No sabes cuánto me alegro de verte, Rugando.

—¿También has venido para ayudar al jefe Hamerlo? —dijo el chico con malestar.

—No, no. Por el contrario, quiero que este planeta vuelva a ser como fue en los viejos tiempos.

—¿Cómo? ¿No eran buenos esos tiempos?

—No la forma de vivir exactamente. Nadie debe esclavizar a

nadie. En fin, Rugando, no tengo tiempo para explicarte nada. Quiero que me lleves ante Eranta.

Rugando retrocedió un paso y miró con desconfianza a Alice.

—Por favor —dijo la mujer, armándose de paciencia—. Quiero ayudar a Kebash. Tú sabes que ellos no son los verdaderos enemigos del pueblo llano de Ammo, sino Hamerlo y sus intrigas.

—Sí, eso lo sé. Pero la gente de las estrellas no cumple lo que promete. Dijiste que eran imparciales, y están trabajando a favor de Hamerlo. ¿Por qué? ¿Porque los kebashitas son humanoides? —El gesto de Rugando se crispó—. Es penoso que tenga que reconocerlo, pero admito que son mejores que nosotros, los humanos.

—No todos los ammonitas son iguales que Hamerlo, sus soldados y sacerdotes pagados, afortunadamente. Los mal llamados infieles comprendieron la verdad hace tiempo y Eranta sólo necesitó una noche para llegar a la auténtica situación del planeta. Por favor, Rugando: llévame junto a Eranta.

—Sígueme —dijo el joven, echando a caminar por la calle.

Alice reprimió un suspiro y anduvo detrás de él.

* * *

Después de escuchar en medio de un grave silencio a Alice, el anciano Eranta, rodeado de docenas de hombres y mujeres, se mesó la rala barba y dijo con aire ausente:

—Al principio pensé que este joven insensato, Rugando, había cometido un grave error trayéndote aquí, a nuestro refugio. —Suspiró y añadió, mirando a Alice—: Pero ahora pienso, después de analizar tus palabras, que dices la verdad. Yo te creo, mujer; pero lo importante es que todas estas personas también tengan fe en tus palabras.

Alice paseó la mirada impaciente por los estáticos rostros de los enemigos de Hamerlo. Observó sus viejas armas, cuidadas con esmero. No todos iban armados y posiblemente algunas pistolas estaban fuera de uso, pero entre todos y otros más que podían ser convocados, se podía formar la tropa que podía salvar a Ebaka y los suyos, si accedían a acudir en su ayuda. Pero la cuestión era si aquellos disidentes ammonitas estaban dispuestos incluso a combatir contra sus compatriotas defendiendo las ideas que les habían obligado a ocultarse durante muchísimos años del

despotismo de los jefes de Ammo.

Un hombre mayor y corpulento, de rojiza pelambrera, se adelantó, colocándose al lado del anciano.

—Hamerlo siempre nos ha perseguido, y cuando apresó a alguno de los nuestros lo asesinó de forma violenta y cruel. Odiamos a Hamerlo y a cuantos le rodean. Oprimen a nuestro pueblo en su beneficio. Ya que Ammo nunca será capaz de vencer a Kebash, los jefes de esta comunidad se han apropiado de las escasas riquezas de nuestras tierras en su provecho, culpando siempre a los kebashitas de nuestras desdichas, ayudados por la complicidad de los servidores del Culto.

»En parte te creemos, mujer de las estrellas, pero nos pides que debemos convocar a todos nuestros hermanos y combatir contra el ejército de Hamerlo. ¿Es que no has pensado que muchos guerreros de Hamerlo son pobres ignorantes que no tienen otro remedio que tomar las armas si no quieren ser acusados de traidores y morir a lanzazos bajo pelotones de castigo?

Alice tragó saliva y asintió. Era la situación que había estado temiendo provocar. Aquellos hombres no eran tontos y mientras ella había estado hablando habían sopesado las diversas alternativas antes de tomar una decisión.

El hombre del pelo rojo siguió diciendo:

—Es posible que tú, llevada por tus ideales, te hayas enfrentado a tu comandante poniendo tu vida en peligro. También te creemos si dices que la forma de actuar de él no es la del Orden y que entre los oficiales de tu nave muchos pueden no estar de acuerdo con la intervención ilegal del hombre llamado Glent. Pero ésas no son seguridades, sino suposiciones tuyas, que sólo nos confirman que incluso entre los tuyos existen divergencias, como entre los habitantes de Ammo.

Agitó la cabeza y añadió con pesimismo:

—Los pueblos, las comunidades, siguen siendo iguales pese a la distancia y el tiempo… —Lanzó una escéptica risa—. Pero vosotros os llamáis civilizados, y decís que sólo queréis nuestro bien. Pues hasta ahora sólo nos habéis traído confusión y los ingredientes precisos para desatar una guerra cruel, que puede terminar en la opresión y esclavitud de un pueblo noble: los kebashitas. Y en vuestras manos está el medio de evitar lo que repudiáis.

El hombre aspiró profundamente, abombó el pecho y dijo:

—Entre la posibilidad de combatir contra nuestros hermanos, y el probable hecho de que los kebashitas vuelvan a ser esclavos, no cabe la menor duda de que nosotros debiéramos mantenernos al margen, mujer.

Alice miró al anciano, que bajó la cabeza, y luego a los demás hombres y mujeres. En ningún rostro encontró un gesto de apoyo.

—No debes culparlos —dijo el viejo con pesadumbre—. Posiblemente han quedado descontentos.

—Pero no ayudarán a Ebaka —replicó agriamente Alice—. Y yo le prometí que los enemigos ammonitas de Hamerlo le socorrerían. Seguramente en estos momentos está atacando con sus guerreros, y muchos están muriendo inútilmente. Ebaka debe mirar con ansias el horizonte, esperando el auxilio que le aseguré recibiría.

* * *

Caminaban lentamente por entre las callejuelas. El joven Rugando les seguía a corta distancia, en silencio. La ciudad seguía desierta, opresiva. Llegaron a la gran plaza. Enfrente estaba el templo. Estaban saliendo algunos sacerdotes. Alice, al mirarlos, se mordió los labios. Se llevó las manos al cinto y una vez más se arrepintió de no haber tenido la precaución de tomar un comunicador. Sólo tenía un indicador de posición. Le habría gustado preguntar al teniente Potter o a algún amigo de confianza en el Altea lo que había pasado allí desde que ella partiera.

La comitiva, presidida por el sumo sacerdote, se detuvo. Les habían visto. Entonces los hombres del Culto avanzaron hacia ellos con paso decidido.

—No debiste habernos acompañado, Eranta —susurró Alice al anciano—. Esa gente puede traernos problemas.

Y lentamente desenfundó su láser. Los sacerdotes se detuvieron y el jefe de ellos, alzando una mano, dijo estentóreamente:

—Oh, mujer de las estrellas, te damos las gracias porque nos entregas al traidor Eranta, quien por sus delitos debe ser juzgado por nuestro amado jefe.

Irritada, Alice replicó apuntando a los sacerdotes con la pistola:

—Marchaos. Si pensáis apresar a este anciano es que estáis locos.

El sumo sacerdote la miró estupefacto.

—¿Qué dices? Tú, por tus ropas, eres un ser del espacio como el hombre que conduce a nuestro jefe a la victoria. ¿Cómo es que…?

Alice no pudo contener por más tiempo su furor y efectuó un disparo apuntando a un metro del grupo de servidores del Culto. Los acólitos saltaron asustados, pero el sumo sacerdote, aunque palideció, permaneció quieto.

—No te atreverás a matarnos, mujer. Y nos llevaremos a Eranta.

Alice maldijo a aquellos hombres. El grupo empezó a dirigirse hacia ellos con el fanatismo impreso en sus rostros. Ella acarició el gatillo, pero sabía que no sería capaz de disparar contra unos seres indefensos, sin más armas que sus creencias religiosas.

Entonces oyeron ruidos de pisadas. Se volvieron y vieron que varias decenas de infieles, a los que encabezaba el hombre del pelo rojo, salían de las callejuelas y se dirigían hacia ellos.

Los estampidos de los primeros disparos no se hicieron esperar. Varios sacerdotes cayeron fulminados y los demás huyeron. Los infieles no se molestaron en perseguirlos.

—Debemos irnos cuanto antes —dijo el hombre del pelo rojo, llamado Furgan, mirando con recelo los alrededores—. Kemlo aún permanece en la ciudad al frente de un grupo de soldados. Aunque no les tememos, no queremos derramar sangre inútilmente.

Los sacerdotes fugitivos habían alcanzado el otro extremo de la plaza cuando se detuvieron y empezaron a gritar alborozados. Habían aparecido varias docenas de guerreros armados con ballestas y lanzas.

Furgan lanzó una imprecación.

—Os seguíamos a corta distancia —dijo—. No me gustó que Eranta quisiera acompañarte, mujer de las estrellas. Ahora tendremos que luchar.

Entonces una sombra surgió en el centro de la plaza. Aumentó de tamaño y empezó a escucharse un suave rugido. Todos levantaron la mirada y vieron cómo una reluciente nave de plata descendía lentamente. Alice sonrió al reconocer el caza del teniente Potter. Pero en seguida se dijo que podían ser otros los tripulantes, menos amistosos.

Antes de que pudiera pensar más, una voz salió de la nave cuando estaba a punto de posarse sobre la arena de la plaza:

—Alice, soy Potter. Traigo importantes noticias. Te he estado buscando desde hace rato. Tu indicador es débil y sólo al sobrevolar esta ciudad te he localizado.

Alice caminó hacia la nave. Eranta, Furgan y los demás permanecían, aunque asustados, en la plaza. Los guerreros de Kemlo y los acólitos del Culto habían desaparecido ante el descenso de la nave.

CAPÍTULO VIII

—La mitad de los oficiales del Altea está de tu parte, Alice —dijo Potter, apenas hubo salido de la nave—. Existe gran confusión allí arriba. Yo volví a tomar este caza y descendí para buscarte. Te necesitamos.

—¿Para qué? —preguntó Alice.

—El Código nos permite destituir al comandante si un oficial se atreve a asumir el mando.

—¿Es que no hay ninguno entre los disconformes que lo haga?

Potter negó con la cabeza.

—Es muy arriesgado. Si al regresar a la Tierra el Alto Mando estima que no ha existido falta en la conducta de Glent… ¿Sabes lo que significará para el oficial que encabece la rebeldía?

—Expulsión, y posiblemente prisión —dijo Alice con sequedad. Sintió un poco de asco ante el comportamiento de sus propios compañeros, que compartían sus ideas pero no se atrevían a dar el decisivo paso—. Esperan que regrese al Altea y asuma toda la responsabilidad, ¿no?

—Sí. El comandante Glent espera acontecimientos. Está furioso y sabe que debe actuar ya resueltamente. Por ejemplo, ha enviado un ojo espía y conoce que los kebashitas están atacando a los ammonitas para impedirles llegar a las armas.

—¿Quién les abrió el paso?

—Envió un caza al saber que yo no lo hice, a pesar de recibir la orden apenas te dejé en la superficie.

Alice pensó en Ebaka. Había perdido mucho tiempo intentando convencer a los disconformes ammonitas para que la ayudasen. Ahora tendría que estar en la batalla antes de diez minutos si quería ayudar al regidor de Kebash. Entonces miró la nave, se volvió hacia Furgan y le preguntó:

—¿Estás dispuesto a ayudarnos? Ya has oído lo que pasa. Los

kebashitas no podrán resistir mucho tiempo y Hamerlo armará un ejército invencible. Y cuando destruya la nación Kebash se volverá contra vosotros, los que no habéis aceptado sus fanáticas ideas.

Furgan frunció el ceño. Después de pensarlo, dijo:

—Está bien. Te ayudaré, pero creo que ya es tarde.

Ella señaló la nave.

—No. Viajaremos hasta allí en pocos minutos —rió, un poco nerviosa—. Claro que si tenéis miedo a embarcar…

Ofendido, Furgan replicó:

—Nosotros no tenemos miedo porque conocemos la verdad; creemos en la leyenda.

Entonces Alice miró al teniente.

—¿Podrás hacerlo? —le preguntó—. Te prometo que cuando salvemos a Ebaka regresaré contigo al Altea y asumiré la responsabilidad.

—¿Salvar a Ebaka? —repitió Potter, divertido—. Creí que pretendías salvar a esos valientes kebashitas, no sólo a un hombre.

Alice enrojeció ligeramente, sonrió y dijo:

—Dejemos eso ahora.

—De acuerdo. Creo que podré llevar allí a un centenar.

—Serán suficientes. Con sus armas formarán un temible ejército, que pondrá en fuga a las huestes de Hamerlo.

—Eso será si cuando lleguemos no se han apoderado de las armas, ¿no?

—Por supuesto —replicó lóbregamente Alice, mientras indicaba a los infieles que subieran a bordo.

* * *

Ebaka saltó justo a tiempo de su montura cuando ésta brincó al ser alcanzada por una saeta. El animal ya tenía otras heridas en su robusto cuerpo y aquélla fue mortal.

Corrió hacia un caballo suelto y saltó sobre la silla. Apresó las bridas y gritó a sus hombres, intentando agruparlos. El asalto contra las primeras líneas ammonitas había fracasado una vez más. Los guerreros de Hamerlo se habían situado en una densa línea defensiva alrededor del enorme embudo hecho por el vibrante y deslumbrador rayo que partió de un objeto volador apenas él y su ejército habían avistado al enemigo.

El primer ataque fue realizado por sorpresa y consiguieron hacer retroceder a los ammonitas, pero luego éstos, gracias a su superioridad numérica, reconquistaron el cráter. Hamerlo perdió casi toda su caballería en una estampida que no pudieron contener, pero pareció importarle poco. Mientras dedicaba un gran número de sus hombres en desescombrar, el resto, casi dos mil, tomó posiciones alrededor del amplio embudo para contener las incursiones de los guerreros kebashitas.

Los humanoides de Leina eran valientes y parecían multiplicarse, pero las sucesivas oleadas fueron produciendo sensibles bajas y Ebaka comprendió que no podrían continuar por más tiempo hostigando al enemigo. De modo que empleó la estrategia y envió a más de cien soldados, expertos ballesteros, a castigar un flanco de Hamerlo. Luego él mismo dirigió un veloz ataque con el que consiguió romper las líneas enemigas. Entonces intervinieron sus reservas y Hamerlo tuvo que sustraer algunos cientos de sus hombres del cráter para reforzar la defensa.

El regidor de Kebash sabía que si Hamerlo lanzaba a todos sus hombres contra él tenía perdida la batalla, pero el ammonita estaba obsesionado en alcanzar el Depósito y apoderarse de las míticas armas.

En la retaguardia,
Ngo-Nao
era mudo espectador de los combates. Estaba horrorizado y furioso al mismo tiempo. La orden del comandante había sido que él debía conducir a Hamerlo a un punto determinado y esperar. Para convencer al jefe de Ammo, según indicaciones, le había dicho que la cita iba a resultar altamente beneficiosa para su pueblo.

Una vez en el sitio indicado apenas transcurrió una hora cuando un caza del Altea descendió de las nubes y, después de hacer un par de pasadas, efectuó un disparo con el láser de gran calibre. A unos diez kilómetros del lugar donde el numeroso ejército de Hamerlo se había aposentado se elevó una columna de rocas y tierra y luego, al desaparecer el humo, quedó un profundo cráter.

Cuando el jefe Hamerlo aulló de triunfo,
Ngo-Nao
comprendió que el tirano de Ammo había comprendido antes que él que la explosión iba a proporcionarle la entrada al Depósito al que

hacía referencia la leyenda de Leina. Entonces comprendió la jugada del comandante y crispó los puños consternado por la impotencia.

Apenas habían comenzado los frenéticos trabajos para despejar de piedras el cráter y alcanzar la gruta hasta entonces secreta, apareció el ejército de Kebash. Y empezó la batalla.
Ngo-Nao
tuvo que admirar el valor de los guerreros de Kebash. Usó su visor y siguió de cerca la actuación de Ebaka. Alice le había hablado de él. Sintió un conato de celos. Sabía que Alice parecía sentir algo más que simpatía por el regidor. Pero tuvo que reconocer que era un hombre valiente e inteligente. Estaba conduciendo sus escasas fuerzas con capacidad, ahorrando vidas y multiplicando los esfuerzos de forma increíble. Pero sabía, también, que aquel guerrero no podría soportar por más tiempo semejante tensión combativa.

Ebaka había reunido sus mermadas tropas. Apenas le quedaba la mitad. Alrededor de las filas defensivas de Ammo habían quedado, confundidos con los cadáveres de sus enemigos, más de doscientos kebashitas. Los heridos que no podían seguir luchando ascendían a casi trescientos.

Por medio del visor, puesto a toda potencia,
Ngo-Nao
observó el rostro de Ebaka. Las delicadas facciones del regidor estaban sucias y su armadura llena de sangre enemiga. Le vio levantar su enrojecida espada, agitarla y gritar a sus hombres, requiriéndoles en nombre de Kebash para un último esfuerzo. Incluso los ballesteros, ya sin flechas, se habían unido a la columna que parecía estar a punto de lanzarse al último y definitivo ataque.
Ngo-Nao
experimentó una rabia infinita. Tocó la culata de su láser, ahogando sus deseos de intervenir. Pero ¿qué habría podido hacer él solo?

De todas formas, descendió de la desolada colina desde donde había presenciado la batalla y se dirigió hacia el cráter. Pasó entre cientos de muertos y heridos ammonitas. Las huestes de Hamerlo habían sufrido más de mil bajas, pero todavía eran superiores a las de Kebash.

Las líneas defensivas estaban a más de quinientos metros del

cráter; aquí pululaban cientos de hombres que frenéticamente retiraban ingentes cantidades de rocas. Llegó hasta Hamerlo y le vio sonreír de satisfacción. Una superficie de metal había sido descubierta. Eran unas puertas de acero, que ahora intentaban levantar dos docenas de hombres.

—¡Estamos a punto de llegar, Ngo-Nao! —exclamó Hamerlo al verle.

—Detén todo esto, Hamerlo —dijo seriamente el hombre del Orden—. Ordena izar bandera blanca y solicita una tregua con Ebaka.

Hamerlo le miró como si no diese crédito a lo que había oído.

—¿Qué dices? ¡Estamos cerca de exterminar a nuestros enemigos! Regresaremos a las tierras que fueron nuestras. Usaremos otra vez a los kebashitas para que capturen a los mutantes, un trabajo que siempre han hecho. Curtirán las pieles para nosotros y…

—Basta. —Y Ngo-Nao extrajo su láser.

—¿Estáis locos los hombres de las estrellas? —exclamó Hamerlo, escupiendo violentamente al suelo.

—No. Al menos, yo no lo estoy. Vamos, ordena que se detenga esta locura. Ebaka está a punto de lanzar a todos sus hombres en un ataque.

—¡Que lo haga, y morirá de una vez ese maldito humanoide! Si tiene hijos los convertiré en mis esclavos particulares. No, Ngo-Nao. Yo no pararé esto. Y tú no podrás impedirlo.

Ngo-Nao había olvidado que Hamerlo siempre tenía cerca a varios hombres de su confianza. Percibió la leve señal del jefe y sintió que le golpeaban. La vara de una lanza le arrebató el láser y su espalda fue castigada violentamente. Cayó de rodillas al suelo y allí le sujetaron varios hombres.

—Atadle —dijo Hamerlo—. Seguimos contando con la protección de los seres de las estrellas, pero éste se ha vuelto loco. ¡Seguid trabajando, malditos! Levantad de una vez esas malditas

puertas.

Bajó por la ladera de rocas hacia las descubiertas puertas, las cuales tenían unos asideros a los que habían atado gruesas cuerdas y de ellas tiraban docenas de hombres.

—¡El Orden Estelar no protegerá a un asesino como tú, Hamerlo! —gritó Ngo-Nao.

Con el mango de un puñal un hombre le golpeó y cayó sin sentido.

Hamerlo gritó cuando las pesadas puertas empezaron a moverse, animó a los que tiraban de las cuerdas y un nuevo esfuerzo permitió que una sección se abriese.

—¡Uoroth está con nosotros y ha enviado el fuego divino, que nos permite alcanzar las armas de nuestros mayores, guerreros de Ammo! ¡Los seres de las estrellas nos ayudan! Los kebashitas morirán y serán de nuevo nuestros esclavos.

La vociferante voz de Hamerlo terminó en un rugido de sorpresa cuando vio que sus hombres empezaban a levantar las cabezas hacia el cielo y en sus rostros se dibujaba un creciente espanto.

Hamerlo alzó la mirada y vio la causa del desconcierto producido en sus filas. Un huso plateado bajaba lentamente. Reconoció aquello como uno de los navíos de los seres de las estrellas. Se preguntó qué estaría haciendo. Miró con temor la figura inconsciente de Ngo-Nao, preguntándose si haber golpeado a aquel hombre no iba a ser un motivo para enfurecer a sus protectores del cielo.

Ebaka también había descubierto la presencia de la nave de plata y retrasó la orden de ataque. Se mordió los labios, pensando que aquel maldito Hamerlo estaba a punto de recibir más ayuda.

Entonces sucedió lo que sorprendió a las dos partes. Apenas la nave se hubo posado en un lugar despejado, se abrieron tres compuertas y por ella bajaron docenas de hombres que apenas tocaron tierra empezaron a disparar. Lo hacían con precipitación y sin apuntar, pero cientos de trazos luminosos calentaron el aire y alzaron del suelo surtidores de rocas y polvo.

Hamerlo quedóse paralizado por el terror y la sorpresa. ¡Los

seres de las estrellas le atacaban! Revolvióse furioso contra el inanimado Ngo-Nao, pegándole patadas.

—¡Maldito seas mil veces, sucio embustero! Juraste que el Orden no tomaba partido por ningún bando y ahora nos atacan.

Empezó a sacar su daga y se detuvo unos instantes, mirando cómo los hombres que habían descendido de la nave no lucían las vestiduras negras y plateadas que solían llevar los servidores del Orden Estelar. Eran ammonitas.

Pero ammonitas que disponían de armas que lanzaban fuego, finísimas líneas de brillante luz blanca que penetraba en la tierra o cortaba en dos a un hombre al alcanzarlo.

—Infieles —susurró.

Alrededor de él la confusión era enorme. Cientos, miles de hombres de Ammo corrían en franca y atemorizada huida. Hamerlo intentó contener a los que pasaban a su lado sin verle. Todo era inútil. Era imposible contener la fuga generalizada. Miró la negra boca de la entrada del Depósito. Si hubieran podido entrar allí apenas una hora antes…

Hamerlo bramó y alzó su daga sobre Ngo-Nao.

No oyó el galope del caballo y la espada que silbó en el aire. Cuando el acero cercenó su cuello apenas tuvo un segundo para vislumbrar de reojo la expresión cansada y llena de rabia de Ebaka, que terminaba de trazar el arco con su ensangrentada espada.

* * *

Ebaka jadeó y vio rodar la cabeza de su enemigo por la ladera, saltar sobre unas rocas y detenerse justo en la entrada del Depósito.

El regidor de Kebash se había adelantado en solitario al campo enemigo cuando vio que los guerreros de Ammo corrían despavoridos. Allá lejos estaban los hombres que habían bajado de la nave. Ahora no disparaban. Parecían conformarse con haber espantado al ejército de Hamerlo.

De entre ellos apareció una mujer vestida con un ajustado uniforme negro y plata. Le vio y se dirigió hacia él.

—Has cumplido con tu palabra —le dijo Ebaka.

Se había quitado el casco y se secaba el sudor con un pañuelo. A su alrededor estaban los supervivientes de su ejército. Un poco más allá, los hombres de Furgan eran mudos testigos de la expectación creada alrededor del cráter y las abiertas puertas.

—Pero aún no han terminado los problemas —replicó Alice. Desvió la mirada hacia Potter, que esperaba con impaciencia al lado de la nave—. Tengo que volver cuanto antes a la gran nave.

—Tus ojos parecen decir que no nos volveremos a ver.

—Así será, Ebaka. —Ella parpadeó como avergonzada—. Pero los siguientes hombres que vengan tras de nosotros conseguirán la paz en el planeta. No volverá a haber guerra. Los humanos que lo deseen serán enviados a otros mundos. Vosotros, los verdaderos dueños de este planeta, volveréis a ser los dueños al cabo de mil años de lo que siempre debió perteneceros.

—Pero seguiremos sin querer relacionarnos con los otros mundos de la galaxia.

—Será respetada vuestra decisión.

Ebaka la miró un largo instante.

—Pienso que…

—No digas nada —le interrumpió Alice—. Mientras nos dirigíamos hacia aquí, Eranta el sabio me contó ciertas cosas que yo desconocía de la raza kebashita —levantó la mirada, sonriendo tristemente—. Entonces comprendí por qué no existían mestizos en este planeta.

—Te refieres a las relaciones sexuales que hubiéramos podido tener —Ebaka asintió—. Además de unos dedos de más, nosotros tenemos otras muchas diferencias respecto a los humanos, Alice. A primera vista podemos ser iguales físicamente, pero no es así. Nuestros órganos reproductores son totalmente incompatibles —suspiró—. Quizás eso impidió que nuestras mujeres sufrieran aún más durante los largos años de esclavitud. Ellas no pueden proporcionar placer a un humano. Y un kebashita tampoco…

Alice le hizo callar poniéndole un dedo en los labios, que acarició levemente antes de retirarlo.

—No sigas. Esa mujer, Zata, es muy hermosa. Debes ser feliz con ella. Sigue siéndolo, Ebaka.

El regidor asintió y pareció querer decir algo, cuando del cráter

surgió
Ngo-Nao
llevando una lámpara que apagó al salir a la luz del día. Ascendió hasta donde estaban Alice y Ebaka y les dijo:

—La leyenda tenía razón al afirmar la existencia del Depósito, pero se equivocó respecto a las armas. Ahí dentro no hay nada. Está vacío.

CAPÍTULO IX

Embah estaba fuera del hangar.

Alice miró a la capitana y contuvo la respiración. Detrás de ella estaban el teniente Potter y una docena de oficiales. Por unos instantes, las dos mujeres se miraron fijamente a los ojos.

—¿Está decidida a tomar usted el mando, capitana Cooper? —preguntó Embah.

—Así es. Según el Código…

—Déjelo. Conozco ese apartado. Pero le advierto que puede demostrarse que está en un error y sobre su actitud caerán todas las acusaciones.

—Estoy al tanto del riesgo.

Embah asintió.

—Admito que ha conseguido detener la batalla que se desarrollaba alrededor del Depósito, capitana Cooper, pero eso sería discutible.

—¿Qué sería discutible?

—Su triunfo, a ello me refiero. En realidad, usted provocó al regidor Ebaka para que atacase a Hamerlo mientras buscaba la ayuda de los disidentes ammonitas. —Y Embah sonrió con suficiencia, segura de haber encontrado el punto débil de la actuación de Alice.

Lentamente, Alice apartó a la capitana.

—Su fidelidad hacia el comandante Glent es desconcertante, Embah, pero es inútil su actitud. Creo que internamente repudia la postura de Glent. ¿Por qué no lo reconoce?

—Jamás. Si el comandante me lo pide, me pondré al frente de las tropas e impediré que usted comande esta nave de regreso a la Tierra.

Habían salido al amplio pasillo y allí Alice vio una compañía de asalto con sus equipos de combate. Detrás sólo tenía un puñado de

oficiales que se habían unido a su determinación de relevar a Glent del mando del Altea.

El teniente Potter se colocó al lado de Alice y dijo a Embah:

—La mitad de la tripulación y de las tropas de asalto están de nuestra parte, capitana Embah.

—Entonces combatiremos —le replicó ella.

Alice meneó la cabeza.

—No debemos perder la serenidad. Ninguno. ¿Qué hace ahora el comandante?

—Está en su despacho. Lo prepara todo para impedir que usted le arrebate el mando.

—¿Con cuántos oficiales cuenta usted, Embah?

La mujer titubeó, apretó los labios y permaneció callada. Un capitán de Casiopea, de piel negro verdosa, dijo:

—Con ninguno. Sólo ella se opone a nuestra decisión, Cooper.

—Entonces está perdiendo el tiempo, Embah. Será mejor que ordene a sus soldados que regresen a sus habitáculos. Sería horrible que combatiéramos. Un mal precedente en el historial del Orden, ¿no?

Un poco fuera de control, Embah dijo:

—Glent defiende al Orden.

—¿Por qué no le preguntamos si aún está decidido a enfrentarse a toda la oficialidad?

El ambiente era tenso cuando llegaron ante la puerta cerrada del despacho del comandante.

Allí montaban guardia una docena de soldados de la compañía de Embah, que dispusieron sus armas ante la llegada del denso grupo. Detrás de éste sonaban las pisadas rítmicas de dos compañías de asalto.

Alice ordenó al suboficial de guardia:

—Abra la puerta. Queremos ver al comandante.

El suboficial consultó por encima de Alice con la capitana Embah, la cual asintió en silencio. Entonces el suboficial se apartó y Ngo-Nao
fue quien adelantándose a todos empujó las puertas, que se corrieron hacia los lados en silencio.

Al pasar junto a Alice, Embah dijo en un susurro:

—Con placer yo misma pulsaré la palanca que la expulsará al

espacio, desnuda.

Entró en el despacho y Alice la siguió.

Entonces se oyó un grito desgarrador. Alice avanzó unos pasos y vio a Embah volverse, dar la espalda a la mesa y taparse los ojos con las manos. Al otro lado de la mesa, tumbado hacia atrás en su sillón, estaba el comandante Glent. Una mano descansaba sobre la mesa y sostenía una pistola láser.

Al acercarse, Alice expresó su repulsión al comprobar que el rostro de Glent estaba horriblemente desfigurado.

Se había suicidado disparándose una amplia ráfaga de láser contra la cara. Como si le hablase desde muy lejos, escuchó a
Ngo-Nao
que decía:

—Comandante Cooper, esperamos sus órdenes.

La peligrosa situación había concluido.

* * *

Alice caminaba por el salón, incapaz de calmar el ligero nerviosismo que se había apoderado de ella desde que entró en el colosal edificio del Alto Mando del Orden Estelar en la Tierra.

La puerta del fondo se abrió y salió
Ngo-Nao
. Caminó hacia ella y Alice le salió al encuentro.
Ngo-Nao
se encogió de hombros y dijo:

—Me han interrogado durante un buen rato —resopló—. Pero no he logrado descubrir en esos rostros de granito ningún indicio de si te consideran culpable o no, Alice.

Ella asintió.

—Los otros oficiales se han marchado. Sólo quedabas tú para prestar declaración,
Ngo-Nao
. Creo que ahora me llamarán a mí.

—He dicho toda la verdad, pero debes saber que intenté ayudarte. Espero que sepan reconocer lo que hiciste.

Ella sonrió con amargura.

—¿Realmente hice algo? A veces, por la noche, pienso que fui una estúpida. Tal vez mi puesto no esté en el Orden Estelar. Me

pregunto qué habría hecho mi padre en mi caso.

—¿Lo sabe ya?

—Aún no.

Un ayudante de la comisión del Alto Mando se acercó a ella.

—Capitana Cooper, puede entrar.

Alice estrechó la mano del hombre, le sonrió y se dirigió con paso decidido al otro lado de las entreabiertas puertas.

Ngo-Nao
suspiró y se retiró al fondo del salón. Cerca del enorme ventanal encendió un cigarrillo y se reclinó.

Estaba dispuesto a esperar lo que fuese.

Antes de penetrar aquella mañana en el edificio del Alto Mando había recibido una notificación para que se reincorporase al Altea dentro de una semana. Ya conocía el nombre del nuevo comandante. Era un buen jefe, con reconocido historial en las Unidades Exploradoras.

Tuvo un ligero recuerdo para Glent, quien no había podido soportar el fracaso y alivió sus presiones con un disparo de láser.

La capitana Embah había solicitado un nuevo destino y las últimas noticias recibidas de Leina decían que la situación allí era tranquila. Provisionalmente habían llegado más naves del Orden, pero partirían cuando se terminase la evacuación de la población humana, los descendientes de los imperialistas.

Los kebashitas podrían vivir en paz en su mundo.

Tal vez algún día accediesen a que llegasen las naves de la galaxia. Pero mientras tanto, para evitarles molestias, el Orden había prohibido todo acercamiento a Leina.

Una hora larga más tarde, Alice salió del despacho.

Ngo-Nao
saltó del sillón al verla y casi corrió a su encuentro.

Ansiosamente, le preguntó:

—¿Qué han decidido esas estatuas de piedra?

—No exageres. No son tan temibles.

—Salgamos de aquí y tomemos algo que nos reconforte. Me ahogo en estos salones.

En el exterior, sin poder dominar más su curiosidad,
Ngo-Nao
instó a Alice a que le contase lo sucedido.

—Son extraños los procesos del Orden Estelar, Ngo-Nao. La decisión de la comisión me ha sorprendido…

—¿Quieres decir que te castigarán? —Preguntó el hombre con violencia—. Si es así es que son unos palurdos que sólo hacen caso a las computadoras y…

—Calma, calma —sonrió Alice—. Creo que van a ascenderme.

Ngo-Nao abrió la boca.

—Demonios —dijo—. Me alegro, pero eso me desconcierta también un poco. ¿Cómo ha sido?

—No lo sé exactamente. Me llegaban sus voces como desde muy lejos. Los generales y almirantes hablaban de iniciativa y… No lo sé, la verdad. No me han felicitado porque piensan que la muerte de Glent fue una desgracia, pese a los grandes errores que cometió. Era un oficial del Orden y su pérdida es lamentable.

Entonces Ngo-Nao gritó y abrazó a Alice, liberado de la tensión.

—¡Esto hay que celebrarlo!

—No veo el motivo.

—Escucha, preciosa. Tenemos siete días antes de incorporarnos al Altea. Sé quién es el nuevo comandante y es un tipo estupendo…

—No lo entiendes, Ngo-Nao. Yo no iré a la Altea. Me destinarán a otra nave y es posible que vaya a ella como comandante.

—¿Cómo jefe de una Unex?

—Sí.

—Bueno, de todas formas es una buena noticia, aunque no volvamos a estar juntos —movió la cabeza y agregó—: Siempre me has gustado, Alice. Y pienso que podríamos vivir unos días interesantes esta semana.

—Gracias. Te agradezco todo lo que has hecho por mí. Pero estos días quiero aprovecharlos para otras cosas.

Ngo-Nao la miró con pesar.

—Sigues pensando en Ebaka.

—Sería una estupidez, ¿no?

—Ciertamente. Pero ese humanoide te ha afectado. ¿Adónde irás, Alice?

Ella sonrió.

—Creo que es el momento de contar a mi padre lo sucedido. Aún no se ha recuperado de su enfermedad. Y él, como viejo general del Orden, es posible que me comprenda. —Rió—. A veces él tomaba decisiones inusitadas y poco ortodoxas.

—De todas formas tomaremos una copa juntos. Y espero que no sea la última.

Alice asintió y ambos bajaron con rapidez las escalinatas. Abajo les esperaba un vehículo y ante ellos se extendía la populosa y cuidada urbe, capital de la Tierra y de los mundos integrados en la organización del Orden Estelar.

FIN



A. Thorkent es el seudónimo utilizado por Ángel Torres Quesada (Cádiz, 1940), es un escritor español. Estudió Comercio. Utilizó este seudónimo para desarrollar bajo este nombre una de las sagas más importantes de ciencia ficción publicadas en España, la Saga del Orden Estelar, junto con la Saga de los Aznar de Pascual Enguindanos (
G. H. White
). Empezó a publicar en 1963, novelas de «serie B», siendo Un mundo llamado Badoom su primera obra, dentro de la colección Luchadores del Espacio. En los años 70 dio el salto a la literatura «seria» de ciencia ficción con La Trilogía de los Dioses, La Trilogía de las Islas, Las Grietas del Tiempo, Los Sicarios de Dios o Los Vientos del Olvido, una de sus mejores novelas, que resultó profética por retratar siete años antes de los atentados del 11 S la situación política actual sobre las políticas antiterroristas que practicó la administración Bush. Hoy en día es uno de los clásicos indiscutibles, junto con Domingo Santos y Carlos Saiz. Ganó el premio UPC en 1991 por El círculo de piedra y el premio Gabriel en 2004 (modalidad del Ignotus a la labor dentro del campo de la ciencia ficción, es decir, es un premio honorífico).